

CAPÍTULO XXI

Invasión de Walker

Colonización de Kinney—Independencia de San Juan del Norte—Salida de Walker—Su desembarco en Rivas—Ataque y derrota—Regresa á León—Dificultades con Muñoz—Concesiones á Cole—Nueva expedición—El cólera en Managua. Auxilios á Guardiola—Sale Muñoz á batirlo—Victoria y muerte de éste—Sale Walker para Rivas—Ordenes de Castellón—Lo burla Valle—Acción de “La Virgen”—Derrota de Guardiola—Corral sale á campaña—Muerte de Castellón—Le sucede Escoto—Toma de Granada—Regreso de Corral—Pláticas de arreglo—Proclama de Walker—Rehenes que toma—Baladronadas en Masaya—Fusilación de Mayorga—Capitulación de Corral—Organización del nuevo Gobierno. Conducta de Estrada—Actitud de los leoneses—Proceso y muerte de Corral—Situación del partido democrático.

Cuando Walker se dirigía de San Francisco al Realejo, dos norte-americanos, los Coroneles Kinney y Fabens salían de Nueva-York, por la vía del Atlántico á colonizar, según decían, el territorio de San Juan del Norte.

El 6 de setiembre de 1855 hubo en el puerto de San Juan una reunión convocada por los titulados colonizadores, en la cual fué proclamada la independencia del mismo puerto, con un gobierno, también independiente, presidido por el Coronel Kinney, quien á su vez organizó una especie de ministerio y fundó un periódico oficial con el título de *El Centro-Americano*.

Mientras tanto, Walker, á quien dejamos en el Realejo, se hizo nuevamente á la vela en el *Vesta*, llevando

á su bordo la falanje y un refuerzo de más de cien nativos, al mando del Coronel leonés don Mariano Méndez.

El 27 desembarcó sigilosamente en las costas de Brito y se internó á Rivas; pero la plaza estaba cubierta por tropas legitimistas, que había enviado Corral, á quien Muñoz dió un oportuno aviso.

Al romperse los fuegos, Méndez abandonó el campo con la tropa leonesa y la pequeña escolta americana fué completamente batida el 27 del mismo mes, dejando once muertos.

Walker con los 43 hombres restantes pudo escapar por el lado de San Juan del Sur, donde se apoderó de la goleta *San José*, en la cual se trasbordó al *Vesta* que lo condujo nuevamente al Realejo, el 1º de julio siguiente.

Castellón, con su habilidad diplomática de siempre, mandó á felicitar á los americanos por su intrépido comportamiento en Rivas y á invitarlos para que se trasladaran á León, cuya plaza se encontraba entonces amenazada por Corral, quien había avanzado hasta Managua con todo el grueso del ejército legitimista.

Walker acusaba á Muñoz de traición y exigía que se le castigara; pero Castellón lo aplacó, reconociendo la justicia del cargo y dejando el escarmiento para más tarde, en atención á las difíciles circunstancias que atravesaba.

Poco después el antiguo diplomático reunió en su casa á los dos jefes enemigos y logró reconciliarlos.

Muñoz propuso entonces, que los americanos fueran divididos en guerrillas y que cada una de éstas se agregara á los varios cuerpos del ejército democrático. Walker comprendió bien, que se trataba de dividir y anular su falanje y contramarchó para Chinandega, con resolución aparente de regresarse á San Francisco de California.

Toda la ambición de Walker era apoderarse del Departamento meridional y con éste la línea de tránsito inter-oceánica, para procurarse hombres y recursos con que adueñarse de Nicaragua.

Byron Cole, que era socio y confidente del jefe filibustero, se quedó en León explotando diplomáticamente en favor de su socio, la situación aflictiva de Castellón. Éste consintió en que se modificara el contrato primitivo, autorizando á Walker para que pudiera enrolar hasta trescientos americanos en servicio de Nicaragua, ofreciéndoles cien pesos mensuales de sueldo y quinientos acres de tierra al terminar la campaña.

Cole obtuvo también de Castellón una autorización en forma, para que Walker pudiera arreglar todas las divergencias y cuentas pendientes entre el Gobierno y la Compañía de Tránsito.

Tan luego como el jefe filibustero recibió de Cole tan preciosos documentos, resolvió dirigirse á Rivas; pero deseoso de dar una sorpresa, propaló que se marchaba para Honduras en auxilio de Cabañas.

En el entretanto, el cólera morbo apareció en Managua y en pocos días asoló al ejército legitimista.

Corral, en vez de marchar precipitadamente sobre León, para llevar el contagio al enemigo, en caso de que su esfuerzo se malograra, se contentó con ver morir apestados á todos sus hombres, hasta quedar reducido su ejército á un pequeño cuadro de oficiales con el cual regresó á Granada.

Cuando esto sucedía, el Gobierno legitimista dió un auxilio de trescientos hombres al General don Santos Guardiola, emigrado hondureño, para que expedicionara por Nueva-Segovia y se internara á Honduras á molestar á Cabañas.

La noticia del auxilio dado á Guardiola llegó muy pronto á León; y no teniendo que temer ya nada de

Managua, Castellón hizo salir á Muñoz con fuerza suficiente para que impidiera los propósitos del Gobierno de Granada.

El 18 de agosto se encontraron ambos ejércitos en el pequeño pueblo del Sauce, y después de seis horas de combate fué derrotado Guardiola; pero el jefe victorioso quedó muerto en el propio campo de su gloria.

La muerte de Muñoz fué en aquellas circunstancias una verdadera pérdida para todo Centro-América. Sus talentos militares, su dilatada experiencia, y sobre todo, su odio á Walker y á la intervención de todo elemento extraño en nuestras contiendas civiles, lo hacían indispensable en aquella época de ofuscación y exaltamiento, para impedir la preponderancia que el filibusterismo adquirió más tarde en nuestro suelo.

Según se dijo por la prensa oficial del Salvador, el General Muñoz había consentido en ponerse al frente de la revolución democrática, porque impresionado con el carácter destructor de la guerra que se hacían leoneses y granadinos, pensó que todavía era posible regularizarla y poner término á los desastres y la anarquía.

Walker aprovechó las circunstancias extraordinarias del Gobierno de León, aturdido con la pérdida de Muñoz, para salir del Realejo con la falanje americana y con una división voluntaria de ciento setenta nativos que le proporcionó el Coronel don José María Valle, Sub-Prefecto de Chinandega, quien también se enroló en la expedición, á pesar de las repetidas prohibiciones del gobierno provisional.

Castellón intimidado con las reflexiones de Muñoz y de don José María San Martín, Presidente del Salvador, que en el seno de la confianza le escribía previniéndolo contra los filibusteros, se oponía á la salida de Walker, y sobre todo, á que se le diera el menor

auxilio; pero como hemos visto, Valle, ó sea el antiguo *Chelón*, burló sus órdenes.

El 23 de agosto, el *Vesta* se hacía por tercera vez á la vela conduciendo á Walker y á sus compañeros.

El 29 arribó la expedición á San Juan del Sur, desembarcó sin oposición el 2 de setiembre, y el 3 llegó á “La Virgen,” en donde fué atacada por Guardiola, quien comandaba un ejército de seiscientos legitimistas escogidos.

A las pocas horas de fuego, Guardiola, aterrorizado por los rifles americanos, huyó despavorido, dejando en el campo sesenta muertos y muchos heridos.

Tan rudo golpe para los legitimistas, hizo salir á campaña al General en Jefe Corral, á la cabeza de mil hombres, sedientos de tomar el desquite.

Corral, sea por temor, sea por carácter, pues era bastante apático, perdió lastimosamente el tiempo en Rivas sin atacar á Walker, cuya fuerza se engrosaba más y más cada día.

Después de la vergonzosa fuga de Guardiola, el jefe filibustero hizo curar á los heridos, trató bien á los prisioneros y supo inspirar confianza á todos. De esta suerte, los amigos de los democráticos y aun muchos legitimistas de los castigados en Granada por no haber concurrido á sostener el sitio, se presentaron voluntariamente y empuñaron las armas que dejó abandonadas Guardiola, gustosos de servir á un jefe que no usaba de violencias con nadie.

Además de los muchos que se le presentaron en “La Virgen,” Walker vió engrosado su ejército con una columna de treinta y cinco buenos rifleros, que le llegaron por el *Sierra Nevada*, vapor de la Compañía de Tránsito, y con igual número de voluntarios leoneses, que condujo la goleta *San José*.

El gobierno provisional de León estaba entonces ser-

vido por el Senador don Nazario Escoto, sucesor del Licenciado Castellón, á quien el cólera arrebató la vida el 8 de setiembre de 1855, momentos después de haber recibido la noticia, para él desagradable, del triunfo de Walker sobre Guardiola.

Todo parecía favorecer entonces los proyectos ambiciosos del caudillo aventurero. La espada de Muñoz y la intriga de Castellón, que pudieron cortar su carrera, no existían ya; el brillante ejército de Guardiola se desbandó á su sola vista, dejándole un rico armamento; y en aquella hora, en que era dueño de hacer su voluntad y en que contaba con hombres, recursos, elementos y prestigios, la suerte puso en sus manos comunicaciones escritas, que llevaba un correo expreso á Corral, y en las cuales se daba cuenta del desamparo en que había quedado la plaza de Granada.

Rápido, como siempre, Walker sin atender más al jefe legitimista, que nunca acababa de prepararse para atacarlo, se embarcó en unos de los vapores del lago y sorprendió á Granada, en la madrugada del 13 de octubre de 1856, tomando la plaza sin resistencia.

Corral, burlado en Rivas con su numeroso ejército, se puso á la cabeza de quinientos hombres escogidos y marchó precipitadamente á reconquistar la plaza perdida.

Siete leguas antes de llegar, en las inmediaciones del pueblo de Nandaime, encontró á varios comisionados de Walker que le propusieron la paz, á condición de que los dos caudillos gobernarán el país: Corral como Presidente y Walker como Comandante General de las armas.

Hacía muchos años que el jefe legitimista soñaba con la Presidencia de Nicaragua; y Walker sin saberlo, tocaba la cuerda más sensible de su corazón. To-

do el coraje y la energía de que momentos antes parecía estar revestido Corral, desaparecieron como por encanto, halagado por la grata esperanza de la próxima realización de su ensueño más dorado.

No conocía á Walker; pero raciocinaba con sus deseos, y de seguro lo comparaba con Raoul, con Pierson y con los demás jefes extranjeros que tan útiles y fieles fueron al General Morazán, ó cuando menos, lo conceptuaba un verdadero suizo de espada, de quien podría valerse eternamente, mediante buenas propinas.

En su ceguedad no reflexionaba que un americano del Sur de los Estados-Unidos es incapaz, no diremos de subordinarse, de compartir siquiera su posición con un hombre de color, á cuya raza pertenecía el infortunado Corral.

La expedición, por tal motivo, en vez de continuar su marcha precipitada sobre la plaza de Granada, cambió tranquilamente de rumbo y se encaminó á Masaya, donde estaba refugiado el Presidente Estrada, con quien Corral necesitaba ponerse de acuerdo.

Tan luego Walker se adueñó de Granada, reforzó su ejército con cien prisioneros políticos que se hallaban en la plaza con cadenas y en trabajos forzados, y publicó una proclama muy estudiada, ofreciendo garantías de la vida, de la persona y de la propiedad á todos los que voluntariamente se le presentaran, sin distinción de colores políticos. Casi todos los vecinos, y entre ellos don Mateo Mayorga, Ministro de Relaciones Exteriores de Estrada, se acogieron á la proclama y fueron garantizados.

Estaba alcanzado, en mucha parte, lo que Byron Cole y Walker habían proyectado el año anterior en la oficina del *State Journal* de Sacramento. Tratábase ahora de procurar un arreglo que restableciera la

paz y dejara á Walker con las armas, para comenzar la explotación económica del negocio.

Mientras Corral se olvidaba del enemigo, conferenciando en Masaya con Estrada, Walker entendido ya con la Compañía de Tránsito, recibió por medio de ésta un refuerzo de sesenta norte-americanos más, procedentes de San Francisco.

La toma de Granada fué celebrada en León con loco entusiasmo. Tampoco los leoneses conocían á Walker y pensaban poco más ó menos lo que Corral. Así fué que en medio de la alegría pública, se organizó una columna de voluntarios democráticos y salió confiadamente á compartir con los americanos el triunfo alcanzado; pero al pasar por Managua fué sorprendida por el Coronel legitimista don Tomás Martínez y deshecha completamente.

Este triunfo, aunque de poca significación, envalentonó al Presidente Estrada y á los legitimistas de Masaya.

Las proposiciones de Walker fueron desatendidas; y éste, contrariado con tan inesperada resolución, tomó en rehenes á los principales vecinos de Granada, para tener á raya á Corral.

Al saberse la providencia de Walker, tan en pugna con su conducta anterior, la indignación fué general en Masaya. Desde el Presidente Estrada hasta el último soldado recordaban á Guzmán el Bueno de España y no se hablaba más que de imitarlo, atacando en el acto al jefe aventurero.

En medio de aquella excitación general, el Prefecto legitimista de Masaya, don Pedro Joaquín Chamorro, hermano del ex-Presidente del mismo apellido, constituyéndose en eco del sentimiento público, dió á luz una enérgica proclama, en que recordaba los comportamientos de los españoles en los campos de bata-

lla contra los franceses y excitaba al ejército contra los invasores, aun cuando para tomar la plaza peligrasen las familias y amigos que allí existían.

Las baladronadas de Masaya hicieron perder la calma á Walker. Pretextando que los legitimistas habían asesinado antojadizamente á algunos pasajeros americanos en "La Virgen" y en San Carlos, contestó la proclama de Chamorro mandando fusilar, sin ningún trámite, al Ministro Mayorga.

La noticia de tan triste suceso, ocurrido en la madrugada del 23, fué llevada á Masaya en el mismo día por comisionados de Walker, quienes se presentaron anunciando que éste se manifestaba decidido á fusilar á los otros rehenes, entre los cuales figuraba don Dionisio Chamorro, hermano del autor de la protesta, si á las nueve de esa misma noche no recibía una contestación favorable de arreglo. Esta misiva, la noticia exagerada de los refuerzos llegados á Walker, y sobre todo, una exposición en que los mismos prisioneros suplicaban se arreglara pacíficamente la terminación de la guerra, abatieron por completo la energía de los legitimistas, que acabaron por ofrecer que al día siguiente enviarían sus comisionados. (1)

El día 23, poco después de las nueve de la mañana, entró Corral á Granada, acompañado de un piquete de filibusteros, que fué á recibirlo al camino, y del mismo Walker que le aguardaba en las afueras de la población.

Los legitimistas del 23 de octubre no eran los mismos del día 19. En su aturdimiento por aplacar á

(1) Según informes verbales de algunos conservadores respetables, el General don Fernando Chamorro, su hermano don Pedro y algunos otros, nunca estuvieron de acuerdo con el paso de Corral—(N. del A.)

Walker enviaban de comisionado al mismo General en Jefe de su ejército, que con el sólo hecho de pasar humildemente al campo enemigo, anunciaba que estaba rendido á discreción.

En el mismo día se celebró el tratado de paz, verdadera capitulación, en la que se aceptó todo cuanto quiso imponer el inflexible filibustero.

Corral apareció omnímodamente facultado por su Gobierno, y el convenio por su parte no necesitaba de ratificación; mientras Walker tenía especial cuidado de hacer constar, que carecía de facultades y que todo lo que se pactara había de sujetarse á la ratificación del Gobierno de quien dependía, quedándole de esta manera una puerta franca para en caso de mal éxito.

Se estipulaba la terminación absoluta de la guerra y el nombramiento de don Patricio Rivas, hombre eminentemente pacífico y apartado de la política, para que gobernara por catorce meses el país, mientras se procedía á elecciones; pero el mando absoluto de las armas quedaba á Walker y la falanje americana debía continuar en servicio del Estado.

Los Ministros del Gobierno tendrían que ser cuatro, nombrados por el Presidente Rivas y tomados de los departamentos de la República.

Las fuerzas legitimistas y democráticas se reducirían á ciento cincuenta hombres por cada parte y serían comandadas, las primeras por el Coronel Martínez en Managua, y por el Coronel Xatruch en Rivas.

Los gobiernos de León y Granada debían cesar desde el momento en que cada General les notificara el convenio; y cualquiera de ellos que se resistiera, tendría que ser tratado como perturbador de la paz.

Por último, Corral debía entregar el mando, armamento y municiones á Walker; el Gobierno tendría

que residir en Granada; y ambos ejércitos quedaban obligados á cambiar sus divisas por un listón celeste en que se leyera: "Nicaragua independiente."

Cuando en Masaya se tuvo noticia del convenio, el desagrado fué general en el campo legitimista; pero Corral había tenido cuidado de cortar toda retirada, y se hizo necesario sufrir con paciencia la humillación impuesta.

El Coronel Martínez que estaba en Managua, al tener noticia de lo ocurrido escribió á León ofreciendo su ciega adhesión y la de su tropa, si unían sus esfuerzos contra Walker; y el Coronel Xatruch, que estaba de Gobernador en Rivas, emigró á Costa-Rica inconforme de ver á Nicaragua en poder de filibusteros.

Corral, sin embargo, se mostraba satisfecho de su obra porque creía de buena fe que habiendo sido tan generoso con Walker, hasta convertirlo en árbitro de Nicaragua, tendría que ser grato y no tardaría en ponerse á su servicio. Es probable también, que su mirada abarcara los próximos comicios electorales, de que Walker estaba excluido por su calidad de extranjero, y en donde las influencias del jefe de las armas podrían pesar bastante en su favor.

El 30 de octubre de 1855 llegó don Patricio Rivas á Granada é inmediatamente tomó posesión de su destino.

Durante dos ó tres días Corral, que era el Ministro de la Guerra, pareció ser el árbitro del nuevo Gobierno. Esto lo llenó de tanta satisfacción, que públicamente manifestaba que había ganado á los democráticos con su propio jefe.

El Presidente legitimista don José María Estrada, autorizó una protesta, el 25 del mismo octubre, en que hacía presente que había cedido contra su voluntad, y excitaba en ella á los Gobiernos de Centro-América, para que salvaran á mano armada la autonomía

de Nicaragua. Después de suscribir esta protesta, que tuvo buen cuidado de no publicar por entonces, envió comisionados á solicitar auxilios de los Gobiernos vecinos, y disolvió su Gabinete, retirándose á Honduras acompañado de unos cuantos jefes.

En León no fué tampoco bien recibido el tratado Walker-Corral; pero se tomó en cuenta que la aprobación encerraba un peligro menos próximo y se procuró sacar todo el partido posible, explotando con habilidad la nueva situación.

En consecuencia, se aprobó el convenio, se nombró á Walker General de Brigada y se dispuso que una comisión de siete personas de las más notables, entre las que figuraba Jerez, pasara á Granada á felicitar al jefe filibustero por "el éxito venturoso que habían alcanzado sus constantes esfuerzos."

Desde la llegada de los comisionados leoneses todo cambió para Corral.

El Presidente Rivas colocó en el Ministerio de Relaciones, á Jerez, caudillo de los democráticos; en el de Crédito Público, á Ferrer, que también pertenecía al mismo partido; y en el de Hacienda, al americano Parker H. French, teniente de Walker.

Todo aquello era, por supuesto, obra del jefe filibustero; y Corral al verse solo, y en cierto modo becado, se arrepintió de su cobarde capitulación y escribió á sus amigos de Honduras diciéndoles que estaba perdido todo, que era necesario que volaran en su auxilio.

La fatalidad parecía perseguir al jefe legitimista. Sus cartas cayeron en poder de Walker, al siguiente día de haber sido desarmado el ejército granadino, y el día 6 de noviembre fué reducido á prisión.

Walker como Comandante General proveyó un auto cabeza de proceso, mandando organizar un Conse-

jo de Guerra en ese mismo día. Lo debían componer oficiales americanos subalternos.

Reunido el Consejo, Walker se presentó acusando á Corral por traición y sedición.

Abierto á pruebas el juicio, el mismo acusador sirvió de único testigo en contra del acusado.

Cerrado el debate, el Consejo pronunció sentencia de muerte en el mismo día de su instalación.

El día 7 Walker, juez instructor, acusador y testigo, confirmó en última instancia la sentencia del Consejo y mandó á ejecutarla.

El 8 de noviembre de 1856, á los veintiún días de la capitulación, el Ministro de la Guerra expiraba en un patíbulo, ejecutado por verdugos norte-americanos.

Se ha dicho que Walker fué un abogado instruido y un aventurero de genio; pero la ejecución de Corral pone de manifiesto que no fué ni una, ni otra cosa.

El Ministro de la Guerra no podía ser juzgado en plena paz por un Consejo de Guerra; y aun suponiendo de que tal absurdo jurídico fuera posible, el Consejo debió componerse de militares de su misma graduación y en él no debió aparecer nunca Walker haciendo de juez y parte al mismo tiempo.

Por muerte de Corral, ocupó su puesto en el Ministerio, el Licenciado don Buenaventura Selva, del partido democrático.

Walker quitó el mando de Managua al jefe legitimista Martínez, que huyó á Honduras; y la situación política quedó en absoluto entregada al partido democrático.

CAPÍTULO XXII

Administración de Rivas

Situación de Nicaragua—Desvíos de Walker— Situación del partido democrático— Actitud del clero—“ El Nicaraguense”—Conducta de los filibusteros—Comentarios de la prensa extranjera—Política americana—Cuestión inglesa— Actitud del Presidente Pierce—El Ministro French—Reconocimiento que hace Mr. Wheeler—Protestas del Cuerpo Diplomático—Rechazo de French—Sus proposiciones á Marcoleta—Enganches americanos—Decretos imprudentes de Walker—La Compañía de Tránsito—Actitud de ésta—Llegada de Cabañas—Mal éxito que obtiene—Reunión democrática—Jerez—Renuncia del Ministerio—Política de Walker—Los legitimistas huyen á los bosques—Llegada de Goicuría—El primer vapor de la Mala del Pacífico.

→ Diez y siete meses de guerra civil encarnizada y destructora, habían agotado los recursos de Nicaragua y enervado el patriotismo de sus hijos.

Walker, si hubiera tenido alguna mediana habilidad, no sólo se habría adueñado de Nicaragua sin oposición, sino que habría sido el ídolo del pueblo que cansado de tan acerba lucha sólo deseaba la paz.

Por otra parte, leoneses y granadinos, que se odiaban á muerte y que desconfiaban mutuamente unos de otros, habrían preferido poner sus destinos eternamente en manos de un elemento ageno á sus rivalidades, si éste se hubiera mostrado imparcial y conciliador.

Pero Walker era un aventurero bastante vulgar, cuya vista no alcanzaba más allá de sus conveniencias

personales, y optó por el gastado sistema de apoyar al que consideró más débil contra el más fuerte, para explotar la división.

El partido democrático que había hecho la guerra á Chamorro por su absolutismo, porque llamó á Nicaragua República, y Presidente al Director, se encontraba con la situación en la mano y no obstante besaba humildemente el látigo de Walker, se servía de los mismos nombres para designar al gobernante y al país, y hacía exactamente lo que tanto combatiera.

La dilatada lucha había excitado de tal manera las pasiones, que los partidos olvidaban con frecuencia sus principios, por tal de encontrar la manera como desahogar sus resentimientos y venganzas.

El partido democrático, aunque aparentemente dueño de la situación, mandaba tanto en Nicaragua, como el legitimista. Baste saber, que ni el Presidente, ni los Ministros, tenían autorización para hacer nada que no fuera del gusto de Walker, que cada día se mostraba más imperioso y exigente.

Los altivos leoneses, después de tantos años de lucha, vinieron á convertirse en siervos del jefe filibustero, de cuyo férreo dominio no podían, ni querían sustraerse. No podían, porque Walker se apoyaba en un crecido ejército de aventureros, cuyo número se aumentaba por cada vapor que llegaba á San Juan del Sur: no querían, porque pensaban que si se alejaban de Walker, éste se rodearía de los legitimistas á quienes temían más que á todos los males juntos.

Todo, pues, parecía doblarse ante el audaz aventurero

El clero, que pudo haberse alarmado con la introducción del elemento protestante, fué por el contrario humilde cortesano, á quien se vió con frecuencia en las antesalas del autócrata, esperando como un fa-

vor el permiso de entrar á felicitarlo por el bien que hacía á Nicaragua.

Las alhajas de los templos le fueron dadas de orden del Jefe de la iglesia nicaragüense, para invertirlas en la compra de rifles y elementos de guerra: mientras los personajes más notables del clero, como el Cura de Granada, don Agustín Vigil, que pasaba por el primer orador sagrado, agotaban el vocabulario de la adulación, llamándolo desde la tribuna del Espíritu Santo "Angel tutelar" y "Estrella del Norte."

Walker, para la buena marcha de su negocio, necesitaba de un órgano de publicidad, que diera á conocer sus conquistas en los Estados-Unidos, en donde tenía cifradas sus mejores esperanzas. Fundó, pues, el 20 de octubre de 1855, un periódico bilingüe, que llamó *El Nicaragüense* escrito, una cuarta parte en un español bárbaro y las restantes en buen inglés.

El Nicaragüense retrataba fielmente el carácter de los filibusteros americanos. Era muy frecuente encontrar en un mismo número palabras de aliento para el pueblo de Nicaragua en la parte española, mientras en la inglesa, destinada á los Estados-Unidos, se hablaba de conquista y esclavitud y se designaba á los nativos con los epítetos más odiosos y despreciables. (1)

(1) Degradados, afeminados, *greasers*, eran los calificativos amorosos con que el periódico filibustero regalaba á los nicaragüenses. Fué su redactor principal el filibustero Juan Tabor, aunque escribieron en él varios otros.

Cuando Centro-América se coligó contra Walker, *El Nicaragüense* fué más insolente, y la *Gaceta Oficial del Salvador* de 9 de octubre de 1856, aseguraba que la parte española se hallaba entonces á cargo del General don Manuel Carrascosa, uno de los Ministros de Walker.

El Nicaragüense solía traer sueltos por este estilo: "FALLE-

En el mismo mes de octubre, el vapor *Cortés* de la Compañía de Tránsito trajo de San Francisco un refuerzo de seiscientos americanos reclutas y una compañía más, organizada, armada y á las órdenes del Capitán Davidson.

La condición de los nicaragüenses por este tiempo, no podía ser más triste y angustiosa. Los prisioneros de una horda de bandidos no habrían sido peor tratados que nosotros.

El *Crhonicle* de Nueva-York publicó correspondencias de su *reporter* en Nicaragua, que retrataban la vida y costumbres de los filibusteros. Éstos, según el *reporter*, robaban, asesinaban, incendiaban y violaban con la mayor imprudencia, y cuando el correspondiente del *Crhonicle* les hacía reflexiones sobre lo perjudicial que podía serles en lo porvenir una conducta semejante, contestaban, encogiéndose de hombros, "que los *greasers* no tenían sentimiento, ni eran de la misma especie que los blancos."

El Presidente Rivas y su Ministerio, mientras tanto, sólo se ocupaban en hacer lo que Walker quería y en buscar la manera de mantenerlo grato. Triste parodia de gobierno; la administración Rivas traía á la memoria la Corte de Bleufield en tiempo de los ingleses. Don Patricio Rivas y su Gabinete hacían en Nicaragua por entonces el mismo papel político, que los jefes moscos bajo el protectorado de Mr. Patrick Walker.

La prensa de Europa y América discutía con calor

CIMIENTO—*Old aguardiente* (aguardiente añejo)—Un caballo bien conocido, perteneciente al Coronel Frank Anderson, murió súbitamente el domingo en la noche: el Coronel le enterró con pompa. Pocos caballos había en Nicaragua superiores á él, ya por su velocidad, ya por su fortaleza, hermosura y docilidad. Paz á sus crines." De aquí puede deducirse la clase de lectores á que estaría dedicada la publicación de los filibusteros—(N. del A.)

las aventuras de los filibusteros. En los Estados-Unidos casi todos los diarios aplaudían al audaz compatriota, á quien convertían en héroe de novela, comparándolo cínicamente con Hernán Cortés, con Francisco Pizarro y con los más célebres conquistadores; pero en Europa, el Brasil y toda la América Latina se le atacaba con dureza y se increpaba al Gobierno norte americanos.

El *Journal of Commerce* de Washington y otros periódicos respetables, que se suponía inspirados por el Gabinete americano, decían francamente, que éste no podía impedir los movimientos de Walker en Nicaragua, ni convertirse en policía de países lejanos.

La Patrie de París, el *Diario de la Marina* de la Habana y muchos otros periódicos, enemigos de los filibusteros, al propio tiempo que condenaban á éstos, decían con mucha sensatez, que si Nicaragua era impotente para echar del país aquella turba de foragidos, había que reconocer que tenía bien merecida su suerte, porque la primera condición de un gobierno era estar en aptitud de poder resistir un asesinato.

Parecía inconcebible en el exterior, que 55 hombres pudieran sojuzgar á toda una nación, derrotando primero el ejército numeroso de Guardiola y obligando á capitular, sin un disparo, al más numeroso todavía, que comandaba Corral. De ahí la gran fama de Walker; de ahí el entusiasmo que despertaron sus triunfos en el pueblo americano, envanecido de tener por compatriota al héroe de tan portentosos hechos; y de ahí también ese desprecio universal por un pueblo tan desdichado y miserable que carecía de virilidad hasta para echar fuera á una pequeña gavilla, que lo saqueaba y asesinaba tranquilamente.

Las aventuras de Walker en Nicaragua tenían que ser toleradas por el Gobierno de Estados-Unidos, á

pesar de las repetidas protestas del cuerpo diplomático y de la reprobación enérgica de la prensa de casi todo el mundo civilizado, por las cuestiones con Inglaterra.

Después de suscrito el tratado Clayton-Bulwer, el Gobierno inglés continuó ocupando Belice, Roatán, la Reserva Mosquita y San Juan del Norte.

El Gobierno americano exigió enérgicamente la desocupación de aquellos territorios porque, conforme el artículo 1º del tratado, ambas partes habían convenido, *“que en ningún tiempo ocuparían, colonizarían, fortificarían ni ejercerían dominio alguno sobre Nicaragua, Costa-Rica, la Costa Mosquita ó parte alguna de Centro-América.”*

Inglaterra alegaba que esa estipulación se refería al tiempo venidero; pero nunca jamás á derechos adquiridos con anterioridad al tratado.

La prensa de ambos países tomó cartas en el asunto y lo discutió con tal acritud, que hirió el amor propio nacional de ingleses y norte-americanos.

A esta cuestión diplomática entre la Gran Bretaña y los Estados-Unidos, vino á agregarse la de las reclamaciones entre los mismos, por ciertos enganches efectuados en territorio americano para la guerra de Crimea; y llegaron á tal punto las cosas, que la Cancillería de Washington cortó de golpe la discusión, enviando pasaportes á Mr. Crampton, Ministro Residente de Inglaterra, para que desocupara el país.

En tal ocasión, el aparecimiento de Walker, como conquistador americano en Nicaragua, venía indirectamente á apoyar los intereses de los Estados-Unidos en la cuestión pendiente.

Era Presidente de la Unión americana, en aquellos días, el General Franklin Pierce. Había sido elevado por los votos del partido democrático en la elección

de 1852 y tomó posesión de la Presidencia el 4 de marzo de 1853.

Mr. Pierce deseaba ser reelecto en los comicios de 1856, y de ahí también, que para no perder popularidad, fuera su política tan poco franca y definida en los asuntos de Walker.

El Secretario privado de Mr. Pierce sostenía correspondencia con el filibustero Mr. Fabens, y esas cartas, que fueron publicadas en junio de 1856, lo complicaban en la expedición del vapor *Tennessee*, que fué detenido por las autoridades federales del Estado de Nueva-York.

Walker, que seguía con ojo avisor todos los movimientos de la política americana, tuvo especial cuidado en hacer que el Gobierno de Nicaragua enviara un representante á los Estados- Unidos. La elección naturalmente tuvo que recaer en uno de los suyos, y Parker H. French, entonces Ministro de Hacienda, fué nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario.

El nuevo Ministro era digno de la causa que iba á representar en Washington. French era tahir de profesión y tenía en Norte-América cuentas pendientes con el Gobierno, que lo había perseguido como concusionario. Sin embargo, no vaciló en presentarse ante Mr. Pierce en 19 de diciembre de 1855.

Mr. Wheeler, Ministro americano en Nicaragua, tan pronto como se inauguró el Gobierno de don Patricio Rivas se apresuró á reconocerlo oficialmente.

Don José de Marcoleta, antiguo Ministro de Nicaragua en Washington, don Antonio J. de Irisarri, de Guatemala y don Luis Molina, de Costa-Rica, se dirigieron inmediatamente á la Cancillería americana, protestándole por el reconocimiento indebido que su representante en Nicaragua había hecho de un Gobier-

no impuesto por una gavilla de filibusteros. El Cuerpo Diplomático residente en Washington, representado por los Ministros de España, Francia, Brasil, Chile, Perú y demás naciones sud-americanas, apoyó las protestas anteriores, y Mr. Pierce no tuvo más camino, para ser consecuente con las reclamaciones que entonces hacía á Inglaterra por los enganches americanos para la guerra de Crimea, que desaprobó la conducta de su Ministro en Centro-América.

En situación tan desfavorable para el filibusterismo americano, se presentó en el Capitolio Parker H. French, pidiendo oficialmente que se le reconociera en su elevado carácter diplomático. Mr. Marey, Secretario de Relaciones Exteriores, le contestó, en 21 de diciembre de 1855, manifestándole que no podía recibirlo, porque los que habían establecido el actual orden de cosas en Nicaragua no eran ciudadanos de ésta, ni el voto popular, libremente manifestado, había sancionado su presencia en el poder. Más claro, Mr. Marey significó á French que reputaba á don Patricio Rivas como un prisionero de Walker, y á su Gobierno como "Gobierno de parapeto." (1)

Pocos días después French fué arrestado en Nueva-York, acusado de estar haciendo enganches de filibusteros para Nicaragua; y aunque se le puso en libertad al poco tiempo, parece que Mr. Pierce le hizo decir privadamente, que sino tomaba soleta lo más pronto posible, podría suceder muy bien que se volviese á tratar de sus antiguas cuentas. (2)

Antes de estos acontecimientos, el 8 de diciembre

(1) *The Herald*—Nueva-York, diciembre 22 de 1855.

(2) *Historia del General Walker, de sus asociados y de sus proyectos*, reproducida en la *Gaceta Oficial* de Managua—1857.

del mismo año, el Presidente Pierce, creyéndose obligado á satisfacer al Cuerpo Diplomático, publicó una proclama, prohibiendo á los ciudadanos de la Unión Americana, que tomaran parte en las expediciones de Walker, que llamó “vergonzosas y criminales.”

Cuando Walker tuvo noticia de los anteriores sucesos, obligó á don Patricio á expedir el decreto de 22 de enero de 1856, cerrando las relaciones oficiales con el Ministro Mr. Wheeler y revocando los poderes conferidos á Parker H. French, que regresó algún tiempo después sin haber obtenido cosa alguna del Gobierno americano.

French, no obstante sus defectos, era un agente activo; y viendo que Marcoleta estaba reconocido como Ministro de Nicaragua, trató de sobornarlo, ofreciéndole veinticinco mil pesos, para que se pusiera al servicio de Walker. Marcoleta, á pesar de encontrarse muy pobre, rechazó con indignación la propuesta.

En esos mismos días fué denunciado el enganche de doscientos americanos que salían para Nicaragua en el vapor *Northern Light* y las autoridades de Nueva-York los capturaron; pero el vapor se escapó con las armas y municiones.

Walker cada vez más impolítico, obligó al Gobierno de Nicaragua á gravar con seis reales de alcabala cada libra de tabaco que se introdujese, y de esta manera contuvo la importación que se hacía de Centro-América y favoreció la de Virginia.

El 18 de febrero de 1856, Walker obligó también al Gobierno á dar otro decreto, que revocaba todas las concesiones y privilegios concedidos á la Compañía americana de Canal y accesoria de Tránsito por Nicaragua, fundándose en que no había cumplido sus compromisos y disponiendo el embargo de sus propiedades, caso de no satisfacer lo que adeudaba.

Desde que Walker proyectó en San Francisco la ocupación de nuestro suelo, tuvo el propósito firme de explotar en su provecho la falsa posición en que con respecto á Nicaragua se había colocado la Compañía. De ahí su empeño para que Castellón lo facultara para el arreglo de las dificultades pendientes; y de ahí también el fijar su centro de operaciones en Rivas.

La Compañía, entre varias de sus obligaciones, contaba la de pagar anualmente diez mil pesos al Gobierno de Nicaragua, y además, un diez por ciento sobre los productos netos del tránsito; pero con excepción de la primera anualidad, la Compañía siempre encontró pretexto para no desembolsar un centavo más.

El General Chamorro con su energía característica empezaba á exigir el pago, cuando fué distraído de su propósito por la revolución democrática.

La Compañía, que de sólo el diez por ciento sobre pasajeros adeudaba noventa mil y pico de pesos, se apresuró á reconocer al gobierno provisional de León y entrar en inteligencias con éste.

Más tarde se presentó Walker, autorizado por el gobierno provisional, pidiendo el arreglo de cuentas, y la Compañía eludió hábilmente tocar el asunto, contentando al comisionado con facilitarle hombres, poner á su disposición los vapores del lago para las operaciones militares que llevó á cabo, y darle veinte mil pesos que le exigió á buena cuenta.

La Compañía de Tránsito tenía por jefes á los señores Carlos Mórigan y J. L. White, en Nueva-York, y á Mr. Garrison por agente en San Francisco. Éstos, mirando solamente sus propios intereses, creyeron en un principio que podrían explotar á Walker en su provecho; pero no tardaron en salir de su error. Los negociantes Mórigan y Garrison fueron los primeros

en comprender á su compatriota, y como de otro lado veían elevarse en el seno de la propia Compañía la influencia rival de Mr. Vanderbilt, el opulento y emprendedor armador de Nueva-York, Mr. M^organ resignó la presidencia de la Compañía y se retiró de ella con sus asociados. Mr. Vanderbilt fué elegido en su lugar.

Garrison continuó prestando servicios á Walker en San Francisco, y M^organ en Nueva-York, é inspirado por éstos, reclamó de Mr. Vanderbilt cuatrocientos doce mil pesos que la Compañía adeudaba á Nicaragua por las anualidades de diez mil pesos y las utilidades del diez por ciento. Mr. Vanderbilt alegaba fraudulentamente que la Compañía no había tenido utilidades hasta esa fecha; pero Walker cerró bruscamente la discusión con el decreto de 18 de febrero de 1856, en que se mandaba confiscar los buques y propiedades de la Compañía por la cantidad reclamada. Hecho el avalúo de los bienes embargados, fueron justipreciados en ciento sesenta y un mil pesos solamente; de suerte que la Compañía despojada quedó á deber todavía un fuerte alcance.

Sus derechos y privilegios los concedió Walker á un tal Mr. Edmundo Randolph, amigo personal suyo y agente de Garrison, que había llegado á tiempo para esta negociación, y que volvió á partir inmediatamente para Nueva-York, para traficar con ella. En esta ciudad hizo, probablemente por fórmula, una oferta de retrocesión á Mr. Vanderbilt, que la rehusó en el acto. Randolph entonces trató con M^organ y Garrison, que volvieron á aparecer en la escena, después de haber hecho lo que se llama una falsa salida. Estos señores volvieron á comprar á Walker, mediante la suma de cuatrocientos mil pesos, los vapores y el material de su antigua Compañía, que sólo habían

sido estimados al principio en ciento sesenta y un mil pesos. (1)

La noticia del despojo de la Compañía causó verdadera sensación en los Estados-Unidos. Muchos de los miembros que la componían eran hombres ricos y de grandes influencias. Éstas se hicieron sentir inmediatamente en la prensa americana, cuya mayor parte dejó de comparar á Walker con Cortés y con los grandes conquistadores, para llamarlo simple y llanamente capitán de bandidos.

El despojo de las propiedades de la Compañía fué para Mr. Vanderbilt y sus socios como si les hubiera caído un rayo. Invocaron el auxilio de su Gobierno; pero Mr. Pierce les contestó, que tenían muy bien merecido cuanto les pasaba, porque habían sido aliados y cómplices de Walker, y que el Gobierno americano no podía intervenir en las disputas de camaradas que se peleaban. Mr. Marey los remitió irónicamente á las autoridades de Granada.

Resolvieron entonces emplear todos los medios posibles para derrocar al hombre y al poder que ellos mismos habían importado y sostenido en Nicaragua

Con este objeto Mr. Vanderbilt, conocido después como el Creso norte-americano, desplegó sus influencias por todas partes y entabló correspondencia con los Presidentes de la América-Central, para impulsarlos á combinar sus esfuerzos contra el enemigo común. Negociaciones semejantes inició también con la América del Sur prometiendo hombres, municiones y subsidios, y contribuyendo poderosamente á realizar la liga hispano-americana, cuyas bases se fir-

(1) *Historia del General Walker, de sus asociados y de sus progresos*, atrás citada.

maron entre Chile, el Perú y el Ecuador, en la ciudad de Santiago.

Vanderbilt y sus socios fueron, desde esa fecha, los aliados más activos y fieles de los Gobiernos centro-americanos.

El General Cabañas, debilitado por los auxilios que prestó á la revolución democrática, no pudo resistir la revolución de López y sucumbió en los campos de Masaguara el 6 de octubre de 1855.

El primer paso de Jerez, así que creyó que la situación estaba en manos de los democráticos, fué invitar á Cabañas para que pasara á Nicaragua á recibir auxilios con qué recuperar el poder perdido en Honduras.

Pendiente este compromiso, que era tan sagrado para el jefe democrático, éste consintió en todo cuanto Walker exigía, por tal de que cuando llegara Cabañas no tuviera pretexto alguno como negarle lo que había prometido.

El 3 de diciembre de 1855 se presentó Cabañas en Granada y fué recibido con todos los honores de un antiguo Presidente; pero cuando Jerez quiso hacer efectivo su ofrecimiento, Walker se opuso aplazando el auxilio para más tarde.

Cabañas manifestó entonces, que en el inmediato mes de enero terminaba su período de Presidente en Honduras; que pasada esa fecha no tenía derecho para llevar la guerra, y que por lo mismo desistía de toda idea á este respecto.

Jerez, bastante contrariado, fué á encaminar á Cabañas hasta León. En esta ciudad hubo una reunión de los principales hombres del partido democrático, y en ella tomó la palabra el jefe hondureño para manifestar con la energía y franqueza que acostumbraba con sus amigos, que en vez de salvar á Nicaragua del atraso político y de la opresión, como tanto lo habían

cacareado, no habían hecho otra cosa que entregarlo miserablemente á un capitán de ladrones, que lo trataba como país conquistado, y que tan luego como se sintiera fuerte, trataría también de conquistar el resto de Centro-América.

Jerez fué el primero en confesar su error y en ofrecer solemnemente, que desde esa hora se consagraría á la salvación y libertad de Nicaragua.

El jefe democrático era un verdadero patriota, tenía gran talento, mucha ilustración, un valor á toda prueba y una honradez tan exagerada, que con frecuencia lo hacía víctima del engaño de todo el mundo á quien juzgaba por sí mismo.

Desde su viaje á Europa como Secretario del Ministro Castellón, convencido del ridículo papel que hacían ante el mundo "las cinco soberanas miniaturas de Centro-América," se convirtió en el más decidido partidario de la reconstitución nacional.

Más tarde tuvo amistad con Barrundia y por medio de éste con Cabañas, jefes ambos del partido nacionalista. Por este último, que fué "el caudillo más honrado de su tiempo," sintió Jerez entrañable cariño y veneración sin límites.

El carácter de Jerez no permitía términos medios en tratándose de llegar á una conclusión. "Ser ó no ser" era el problema planteado, y para ser centro-americano, creía lícito cualquier medio, ni más ni menos que Chamorro para lograr el sostenimiento del orden.

El candor y buena fe de aquel hombre, á quien la posteridad ha calificado de "alma de niño y corazón de león," fueron explotados hábilmente por el jefe filibustero, que le hablaba siempre un lenguaje en consonancia con sus ideas y le hacía hermosas promesas que se aplazaban por las circunstancias.

Pero cuando Cabañas "el hombre idea" como le lla-

maba el mismo Jerez, le hizo ver el abismo en que había sumido á Nicaragua y las desgracias sin cuenta que sobrevendrían á Centro-América, abrió los ojos y se propuso remediar el mal que había causado.

Jerez, al regresar á Granada se separó del Ministerio. Otro tanto hizo Selva, su compañero de causa; y el Gobierno del señor Rivas quedó reducido á éste, al Ministro Ferrer, que era un abogado de provincia, y á Walker, señor y jefe absoluto de Nicaragua.

Por renuncia de Jerez y Selva, Rivas nombró, en reposición de ambos, respectivamente, á los señores Doctor don Norberto Ramírez y Licenciado don Sebastián Salinas; pero no aceptaron. Nombró entonces al señor Licenciado don Francisco Baca, para el desempeño de ambas carteras, y también se excusó de servir las. Los amigos de Jerez obedecían una consigna, y el Presidente Rivas tuvo que resumir todas las carteras en Ferrer, que asumió el carácter de Ministro general.

El desagrado de los democráticos no podía manifestarse más claramente, y Walker, que fué de los primeros en comprenderlo, procuró atraer á su lado al partido legitimista; pero éste que no olvidaba el saugriento patíbulo de Corral, rechazó los halagos y prefirió vivir en los bosques.

Desde el asesinato del jefe legitimista, Granada y las principales poblaciones que le pertenecían en política, permanecían desiertas. Las familias, refugiadas en la espesura de las selvas más apartadas, huyendo de las hordas de filibusteros, eran una elocuente protesta del terror que inspiraban Walker y sus hombres. Así lo comprendieron éstos, por lo cual obligaron al Presidente Rivas á señalar multas y severas penas para los que no regresaran á sus hogares en determinada fecha, aunque todo fué en vano: el horror al sal-

vajismo de los *yankees*, era mayor que el apego á las propiedades que les arrebatában en castigo de su desobediencia.

Aquel horror estaba justificado. A los abusos que conocemos, á los robos y violaciones cínicas de todos los días, los filibusteros habían agregado un desprecio tal por los naturales, que uno de ellos en el cuartel de Granada llegó hasta disparar su fusil sobre el primer transeunte que pasó, para averiguar si estaba bien calculada la pólvora. Inútil es decir que adquirió la seguridad de su puntería.

En el mes de enero de 1856 llegó á Granada un comisionado de don Domingo Goicuria, jefe de los revolucionarios cubanos en Nueva-York. Walker convino con éste, en que los recursos materiales y pecuniarios de Nicaragua se unirían con los de la junta revolucionaria de Cuba para hacer causa común y asegurar la prosperidad de la América-Central y libertar á Cuba de la tiranía española. El jefe filibustero empeñaba, además, su palabra de honor, de cumplir su ofrecimiento, tan luego como hubiese consolidado su Gobierno.

En el mes de febrero inmediato comenzó á tocar con toda regularidad en los puertos de Centro-América, un vapor de la Mala del Pacífico. Ésto regularizó también las comunicaciones de los Estados, antes tardías é inseguras.

CAPÍTULO XXIII

Defección de Rivas

Conducta de Guardiola—Inaugúrase en el Salvador la administración de don Rafael Campo—La oposición se poñe de acuerdo con él—Porta-pliegos que envía á Nicaragua—Conducta de Walker con éste—Ejército filibustero—Guatemala continúa sus inteligencias con Estrada—Actitud enérgica de Costa-Rica—Inteligencias de Walker con los democráticos—Se traslada el Gobierno á León—Proclama que da Comisionados que envía—Guerra con Costa-Rica—Acciones de Santa Rosa y Rivas—Walker, derrotado, recibe refuerzos—El cólera acaba con los costarricenses—Reorganización de los legitimistas—Expedición de Goicuria—Inteligencias de Juárez con el Presidente Campo—Trabajos de Vega en Guatemala—Nombramiento del Padre Vigil para Ministro—Walker se traslada á León—Exigencias que tiene Proyecto de asesinarlo—Noticia del recibimiento del Padre Vigil—Decreto de elecciones—Regresa Walker á Granada—Fuga del Gobierno—Decreto de Walker—Conducta del Gobierno salvadoreño—Actitud de Costa-Rica y Guatemala—Aparece Estrada en Somotillo—Desagrado que causa—Llegada de las tropas auxiliares—Walker se reconcentra.

Dejamos á Estrada refugiado en Honduras.

El General Guardiola, el leal soldado de la causa legitimista, acababa de ser electo Presidente del Estado; y tanto Estrada como sus amigos, que habían trabajado mucho por su elección, estaban muy llenos de ilusiones, pensando que les proporcionaría toda clase de auxilios.

Guardiola, ciertamente, recibía á sus antiguos amigos con cara muy placentera, y es posible que hasta les ofreciera alguna limosna, pensando en hacerles mucho favor; pero su actitud no fué la misma, cuan-

do los legitimistas le reclamaron auxilios, de conformidad con el tratado de 1851. La neutralidad, la mala situación del país y otros pretextos semejantes, sirvieron de excusa para negarse en absoluto á toda intervención en Nicaragua.

No era ya Guardiola el proscrito que imploraba auxilios en Granada contra Cabañas. Si en aquel tiempo pudo ofrecer á los legitimistas su vida y fortuna, hoy creía concederles mucho con recibir sus visitas.

Lo que acontecía al ex-Presidente Estrada y á sus infortunados amigos, es la historia de siempre. La humanidad por lo general piensa, siente y quiere de muy distinta manera, según la posición que ocupa.

Para que no quedara duda de su actitud, Guardiola prohibió á su subordinados que escribiesen contra los filibusteros, alegando que no debían entrometerse en la política interior de los países vecinos; y poco después acreditó una Legación ante el Gobierno del señor Rivas. La Legación se regresó de Chinandega por temor del cólera; pero al verificarlo se dirigió oficialmente á Walker, protestándole que el Gobierno de Honduras no se mezclaría nunca en los asuntos de Nicaragua.

En enero de 1856 se inauguró en el Salvador la administración presidencial del señor don Rafael Campo.

El nuevo Presidente salvadoreño mostraba simpatías por los legitimistas; pero teniendo en contra un gran partido de oposición, acaudillado por Gerardo Barrios y Cabañas, que eran amigos y aliados de los democráticos, el señor Campo habría guardado una actitud pasiva, si Cabañas á su regreso de Nicaragua no hubiera llegado levantando el sentimiento público, contra Walker y los filibusteros y anunciando el peligro que amenazaba á todo Centro-América.

El Presidente Campo, que no necesitaba de estímulo, fundándose en la inquietud general que había en todo el Salvador por la presencia de los americanos en Nicaragua, envió á Granada un porta-pliegos, á pedir al Gobierno del señor Rivas explicaciones sobre el aumento siempre creciente de la fuerza americana.

Walker y los filibusteros se mofaron del uniforme y modales del comisionado; y para más impresionarlo, se dispuso una solemne revista de la fuerza de la plaza.

En ese día (8 de marzo) había llegado también á Granada don Domingo Goicuria con un auxilio de doscientos cincuenta hombres, cuyo transporte fué de cuenta de la nueva Compañía de Tránsito. Las fuerzas americanas en ese tiempo, según confesión de Walker, pasaban de dos mil doscientos hombres, que á cien pesos mensuales, hacían un total de dos millones seiscientos cuarenta mil pesos anuales.

El Gobierno de Guatemala continuaba en inteligencia con Estrada.

Según comunicaciones que se publicaron en esos días, el Ministro Aycinena había desaprobado muchas veces la terquedad de sus amigos legitimistas y también se había cansado en vano de predicarles tolerancia. Sin embargo, ante la presencia de los filibusteros, los hombres de Guatemala, alentaban nuevamente al ex-Presidente legitimista y lo excitaban á constituir su Gobierno, aun cuando fuera en un pueblo de Honduras, para reconocerlo y auxiliarlo.

Desgraciadamente Estrada ni podía regresar á Nicaragua, ni Guardiola le permitía que comprometiera la neutralidad hondureña.

El Gobierno de Costa-Rica, más franco y enérgico, atacó rudamente á Walker por la prensa; y cuando éste alarmado de aquella agresión, envió comisionados

á proponerle la paz, el Presidente Mora les volvió la espalda y dió orden de echarlos del territorio.

Tal era la situación de Centro-América, cuando Walker rompió con el partido democrático y procuró atraer al legitimista.

Estrada, prestando oído á las indicaciones de Guatemala, procuró entonces entenderse con los democráticos por medio de un comisionado; pero éste llegó demasiado tarde. Otros sucesos se verificaban entonces en Nicaragua.

El Presidente Mora, después de desairar á los comisionados de Walker, expidió con fecha 1º de marzo de 1856 una declaratoria de guerra en toda forma, contra el elemento filibustero que infestaba á Nicaragua.

Walker se vió sólo y trató de atraer nuevamente á su lado al partido democrático; pero el jefe de éste, que era Jerez, consentía en tomar su antiguo puesto, solamente que el Gobierno se trasladara á León, alegando intereses de localidad. Walker tuvo que aceptar.

El objeto era bien claro. Lejos de la influencia de Walker podían rebelarse contra éste y anular su poder.

El jefe filibustero exigió, sin embargo, del Gobierno del señor Rivas, que lo autorizara omnímodamente para hacer la guerra á Costa-Rica, para confiscar las propiedades de los legitimistas y para imponer contribuciones.

Después de quedar revestido de facultades dictatoriales, Walker exigió aún que el Ministro Ferrer, hechura suya, quedara también revestido del carácter de comisionado del Gobierno, con las mismas facultades que éste, para resolver por sí y con absoluta independencia cuanto fuera necesario en los departamentos de Oriente.

El Gobierno del señor Rivas se trasladó á León, y su primer acto fué una proclama, en que protestaba

sus sentimientos pacíficos para con los Gobiernos de Centro-América.

En seguida, nombró comisionados ante los Gabinetes de San Salvador y Comayagua á los señores don Gregorio Juárez y don Rafael Jerez, respectivamente, con instrucciones para celebrar dos tratados; uno público que engañara á Walker, y otro reservado, en el que se estipulara la alianza contra él.

Esta fué la causa ostensible después, por qué los democráticos no pudieron entrar en arreglos con los legitimistas, calculando que con ellos alarmarían inútilmente al enemigo común, entonces en la plenitud del poder. Es posible también que los animaran otros sentimientos, no del todo ajenos á intereses de círculo, puesto que tan exaltadas se hallaban todavía las pasiones políticas.

Walker quiso anticiparse á Costa-Rica y mandó una columna de doscientos cincuenta hombres que fuera á tomar posiciones al territorio enemigo.

Los costarricenses venían también con el mismo proyecto y ambas fuerzas se encontraron en la frontera.

Descansaban confiados y desprevenidos los filibusteros, en la hacienda Santa Rosa, cuando en la tarde del 21 de marzo se presentó la vanguardia costarricense, los sorprendió y los derrotó en pocos momentos. El ejército vencedor avanzó persiguiéndolos hasta Rivas.

Aquel desastre tan inesperado, puso á Walker fuera de sí; y la noticia, que circuló por todas partes, fué como una palabra de aliento para los centro-americanos, convencidos con aquel hecho de que los esfuerzos que hicieran contra los filibusteros podrían alcanzar buen éxito.

Walker inmediatamente se puso en marcha para Rivas á la cabeza de quinientos cincuenta hombres

escogidos, con los cuales se propuso sorprender á Mora; pero éste rechazó el ataque el 11 de abril y derrotó á Walker, que habría sido deshecho del todo, si lo persigue hasta Granada. Los filibusteros tuvieron ciento veinte bajas en la acción de ese día.

Al mismo tiempo que Mora avanzaba sobre Rivas, un cuerpo de costarricenses se dirigía por tierra y por la vía de Alajuela sobre el río San Juan; pero la fortuna les fué del todo adversa en aquel punto.

Diez días después de estos sucesos, se aumentaron las tropas de Walker con nuevos refuerzos llegados de los Estados- Unidos; mientras los costarricenses, invadidos del cólera, concluyeron lastimosamente. El brillante ejército de éstos, á cuyo vigoroso empuje buyeron despavoridos los feroces invasores, tuvo que retroceder precipitadamente, dejando un reguero de cadáveres desde Rivas hasta San José, y haciendo extensiva la epidemia al generoso pueblo que, sin la iniciativa de nadie, tomó á su cargo la expulsión del filibusterismo en Centro-América.

En el mismo mes de abril, los legitimistas empezaron á organizarse en pequeñas guerrillas en las montañas de Chontales y Matagalpa.

Walker hizo salir á Goicuria, á quien había nombrado Brigadier é Intendente General de Hacienda, á pacificar Chontales. Goicuria verificó su estreno en aquellos indefensos pueblos, de una manera digna de la causa que servía. Fusiló á varios desgraciados para sembrar el terror, y su huella como la del tigre, quedó señalada por un rastro de sangre.

El 29 de mayo supo Walker por un americano, que había estado enfermo en León, que don Patricio y sus compañeros conspiraban contra él. La noticia aunque basada en simples conjeturas de quien la daba, se confirmó en el ánimo de Walker, por un correo que

sorprendió con cartas del Presidente Rivas para Mora, en las que se hablaba de amistad y se proponía el envío de un comisionado para el arreglo de la paz.

En el entretanto, el comisionado Juárez se presentó en el Salvador; pero el señor Campo se negó á recibirlo oficialmente. En lo privado, sin embargo, le manifestó que no podía reconocer al señor Rivas como Presidente de Nicaragua, mientras obrara bajo la presión de Walker: que si salía de Granada y se trasladaba á León y allí daba un decreto resumiendo la Comandancia General, no sólo ofrecía reconocerlo, sino que le prestaría el apoyo de quinientos hombres situados en Choluteca, y procuraría, además, obtener el concurso de Guatemala y Honduras que creía conseguir.

Juárez quedó de comunicar todo aquello; pero como en el caso de que se descubriera el plan, Walker fusilaría á Rivas y á Jerez, se convino en que el proyecto no se le revelaría á nadie y en que Juárez se retiraría á San Vicente, y se expresaría en desagrado del señor Campo. Todo se hizo como se convino, y la prensa amiga de los democráticos, engañada por las apariencias, se desató en injurias contra el Presidente salvadoreño. (1)

Tan luego como Rivas se enteró de los deseos del señor Campo, llamó á Jerez y ambos exigieron de Walker la traslación del Gobierno, como medida previa de conciliación.

Mientras tanto, don Fulgencio Vega, comisionado de Estrada, se presentó en Guatemala el 3 de abril de 1856, y á sus esfuerzos se debió el que el Coronel don Victor Zavala fuese enviado de Cojutepeque á anunciar al Gobierno salvadoreño, que el 5 de mayo inme-

(1) Carta inédita del ex-Presidente don Rafael Campo al autor de este libro - (N. del A.)

diato saldría la primera división auxiliar para Nicaragua, pasando por aquel territorio. El Presidente Campo concedió el permiso y ofreció enviar otra del Salvador.

Walker tan luego como fué informado del desastre de Santa Rosa, hizo que Rivas nombrara Ministro Plenipotenciario de Nicaragua, ante el Gobierno americano, al Cura de Granada don Agustín Vigil, quien salió para los Estados-Unidos el 18 de abril del mismo año, llevando de Secretario á un tal Sigaud, acusado de robos y falsificaciones. El partido esclavista de los Estados-Unidos apoyaba á Walker, y aprovechando el estado en que se hallaba la cuestión inglesa, se prometía hacer reconocer al Gobierno del señor Rivas, tan pronto como apareciera un hijo de Nicaragua representándolo.

Después de la salida del Cura-diplomático, Walker, acompañado de Goicuria y de otros jefes, se dirigió á León, á la cabeza de doscientos americanos.

El 4 de junio hizo su entrada á la antigua capital del Estado, en el centro de una concurrencia numerosa y al parecer entusiasta, que fué á encontrarlo; pero en medio del general regocijo, Walker que ya iba prevenido, creyó observar que los amigos del Gobierno no estaban gustosos del entusiasmo del pueblo; que el aspecto de Jerez estaba nublado, y que don Patricio se mostraba menos franco y expresivo que en otras ocasiones.

Durante el mes de abril se habían practicado elecciones para Presidente y éstas habían rolado entre Rivas, Jerez y Salazar. Walker exigió que se declarasen nulas dichas elecciones y que por votación directa se le eligiera Presidente de Nicaragua.

Rivas y Jerez se opusieron, y Walker les pasó un *ultimátum* para el día siguiente.

Jerez, llevado por su carácter impetuoso, concibió el pensamiento de asesinarlo, y con once democráticos de los más decididos, se preparó el día siguiente en el despacho del Gobierno, resuelto á llevar á cabo su proyecto. Las juiciosas observaciones del General Guerrero le disuadieron de su propósito; y el 10 de junio de 1856, expidió el Gobierno un decreto, en que mandaba practicar nuevas elecciones y ordenaba que la votación fuera directa.

Estando Walker en León, llegó la grata nueva para él, de que el Gobierno americano había reconocido el del señor Rivas y recibido oficialmente al Cura Vigil.

El jefe filibustero olvidó con esta buena noticia sus recelos anteriores y regresó á Granada el 11 de junio; dejando un piquete de doscientos americanos, al mando del Coronel Natzmer, para la vigilancia de los democráticos, de quienes desconfiaba mucho.

Apenas se retiró Walker, el General Salazar y otros amigos de Jerez recorrieron los arrabales, haciendo circular el rumor de que los americanos querían destruir el obispado y asesinar al Presidente y á sus Ministros, con lo cual pusieron en agitación las masas del pueblo leonés. Al favor de esta agitación, que obligó á Natzmer á ocupar las torres de la Catedral, creyendo que iba á ser atacado, pudo el personal del Gobierno escapar para Chinandega.

Jerez se ocupó inmediatamente en organizar las tropas que pudo reunir y en dar parte al Gobierno del Salvador de todo lo sucedido, para que enviara las fuerzas auxiliares ofrecidas á Juárez.

Walker, inmediatamente tuvo noticia del suceso de León, expidió un decreto en que declaraba traidores á don Patricio Rivas y á su Gabinete, y nombraba presidente provisional á don Fermín Ferrer.

El 25 del mismo mes, el Gobierno del Salvador, con-

secuente con su ofrecimiento, declaraba la guerra á Walker y se constituía en aliado del Gobierno nicara-güense, presidido por el señor Rivas. Éste á su vez, declaró traidor á Walker en la propia fecha.

En el mismo mes, el Gobierno de Costa-Rica se dirigió á los de Centro-América, manifestándoles que á pesar de las desgracias anteriores y de los millares de hombres que le arrebató el cólera, estaba pronto á invadir á Nicaragua. Los excitaba á imitar su ejemplo y á defender la autonomía centro-americana, aunando sus esfuerzos.

Por su parte el Gobierno del señor Rivas, derogó el decreto de 10 de junio sobre la elección directa; y con fecha 25 del propio mes, declaró traidor á Walker y á los que le siguieran.

El Gobierno de Guatemala, que había adelantado sus tropas hasta el territorio salvadoreño, al mando del General Paredes, cuando supo la conducta observada por el Presidente Rivas y el reconocimiento que de su Gobierno había hecho el del Salvador, se apresuró también á reconocerlo y á celebrar alianza con él y con los demás de Centro-América.

Mientras tanto Estrada, que descansaba en los ofrecimientos de Guatemala, se internó á Nicaragua el 21 de junio é inauguró de nuevo su Gobierno en Somotillo. Lo rodeaban unas cuantas guerrillas legitimistas, y volvió á la palestra con su eterna cantilena de *legitimidad ó muerte*. La presencia de Estrada, con semejante demanda, cuando Centro-América todo aunaba sus esfuerzos por una causa más grande, hizo muy mala impresión en todas partes. Estrada, cegado por la pasión no reflexionaba.

La misma *Gaceta de Guatemala*, antes entusiasta defensora de Estrada, se mostró contrariada con la conducta de éste, y para que no se culpase al Gobier-

no de Guatemala de aquel extraño procedimiento, publicó las comunicaciones que en distintas fechas se habían dirigido al jefe legitimista, aconsejándole un arreglo amistoso y el que fuera menos intolerante con sus enemigos.

La *Gaceta de Honduras*, órgano del General Guardiola, amigo de los legitimistas, censuró también, en el número 54 de aquel año, al señor don Pedro Joaquín Chamorro, porque como Ministro general del Gobierno de Estrada, instaba todavía porque se reconociera á éste, cuando ya el Gobierno del Salvador apoyaba resueltamente al del señor Rivas con fines más patrióticos. (1)

La presencia de Estrada en los departamentos de Occidente, con aquella exigencia, fresca todavía la sangre derramada en la lucha del 54, levantó el espíritu lugareño de aquellos pueblos. Una partida de democráticos lo sorprendió en el Ocotal el 13 de agosto de

(1) He aquí algunos de los conceptos de aquel periódico: "Se han recibido en el Ministerio de Relaciones Exteriores, comunicaciones del señor don Pedro Joaquín Chamorro, instalado por el señor don José María Estrada como Ministro general, del Gobierno legítimo constitucional de Nicaragua. En esas comunicaciones se pide el reconocimiento del Gobierno de Honduras para el del señor Estrada. Para ésto se presenta la dificultad de que ya el señor Rivas está reconocido por el Salvador y por el mismo Honduras y que es imposible á estos Gobiernos volver atrás en un paso de esta naturaleza. Nunca creímos que se escogiera tan inoportuna ocasión para hacer valer pretensiones que, cualquiera que sea el grado de justicia en que se apoyen, sólo pueden traer embarazos, complicaciones y dificultades para el feliz desenlace de la gran cuestión que interesa á todo Centro-América en Nicaragua. El mundo tiene los ojos fijos en Centro-América y nos llena de aflicción el concepto que va á formar de nosotros por nuestras irreconciliables discusiones en momentos tan supremos."

1856 y puso fin á sus días, asesinándolo bárbaramente como se usaba entonces. (1)

El 12 de julio llegó á León la primera columna salvadoreña al mando del General Belloso y el 18 la de Guatemala.

Walker, atacado por distintos puntos, reconcentró sus tropas á Granada, Rivas y río San Juan.

(1) Estrada fué muerto, por desgracia, cuando sostenía animada y patriótica correspondencia con los jefes democráticos, tratando de arreglar las diferencias existentes para unir sus esfuerzos contra Walker. Su lenguaje no respiraba mala voluntad y sólo parecía preocuparlo la suerte de su país—(N. del A.)

CAPÍTULO XXIV

Administración de Walker

El Padre Vigil en Washington—Política de Mr. Wheeler—Reconocimiento de Rivas—Recepción del Padre Vigil—Protestas del Cuerpo Diplomático y de la prensa—Discurso de Mr. Clayton—Meeting de Nueva-York—Elección de Walker. Regreso del Padre Vigil—Inauguración del Gobierno filibustero—Ministerio que organiza—Decretos de Walker—Regreso de Soulé—Protestas del Cuerpo diplomático—La fragata "Cossak"—La cuestión de esclavitud—Los Estados del Norte se declaran contra Walker—Los del Sur lo apoyan—Dificultades de Mr. Pierce—Misión de Goicuria—Su quiebra con Walker

El Padre Vigil se presentó en Washington en el mes de mayo de 1856. Le había precedido una comunicación de Mr. Wheeler, Ministro americano en Nicaragua y camarada de Walker, en la cual se participaba, á la Cancillería de los Estados-Unidos, que la guerra que hacía Costa-Rica á Walker estaba dirigida por el Baron Bulow en persona y sostenida por Inglaterra: que el programa de los costarricenses era hacer guerra á muerte á todo cuanto fuera norte-americano: que tanto Nicaragua como los demás Estados de Centro-América se mostraban satisfechos del orden de cosas establecido por Walker: que el país estaba reorganizándose admirablemente y recibiendo cada día nuevos refuerzos de hombres de propiedad, talento y empresa; y que sabía por *una casualidad*, que acababa

de ser nombrado Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de los Estados-Unidos el señor don Agustín Vigil, personaje nicaragüense muy distinguido por su saber y virtud, miembro importante del clero, á quien conocía mucho y no dudaba que sería la fiel expresión de su país.

Mr. Wheeler tocaba con mucha oportunidad la cuestión inglesa, en momento en que estaba viva aún, la excitación causada por la polémica sostenida con Mr. Crampton.

El 4 de mayo de 1856 la Cancillería americana reconoció al mismo Gobierno, que pocos meses antes calificara de "parapeto," y manifestaba ahora que los Estados-Unidos aceptaban todo gobierno *de facto*, sin cuidarse de la manera como se hubiera organizado.

El Padre Vigil fué, en consecuencia, recibido oficialmente; pero en el mismo día que se tuvo noticia del suceso, todo el Cuerpo diplomático residente en Washington, protestó de la manera más enérgica.

La mayor parte de la prensa americana censuró rudamente á Mr. Pierce y colmó de insultos y vituperios al *Cura filibustero*, como llamaban al Padre Vigil; y sólo unos pocos periódicos del Sur, aplandieron la conducta del Gobierno americano, trayendo de los caballos la doctrina de Monroe y la cuestión inglesa.

La *Tribune* de Nueva-York, á pesar de la gravedad con que solía tratar los asuntos públicos, siguió el ejemplo de sus colegas y caricaturó sangrientamente al diplomático de Walker.

El clero católico insultó también al Padre Vigil, convertido en piedra de escándalo universal, y se aseguó entonces por la *Tribune*, que en una entrevista que solicitó del Arzobispo Heuges, salió tan corrido, que olvidó hasta el sombrero.

Las enérgicas y repetidas protestas de los Repre-

sentantes de Francia, España, Brasil y demás naciones de Sud-América; los manifiestos de los Presidentes del Perú y de la Nueva-Granada, tronando contra el escándalo de Nicaragua y la actitud de la misma prensa americana, obligaron á Mr. Pierce á dar su retiro al Padre Vigil, que no deseaba otra cosa, aturrido como se hallaba por los insultos y pullas de los diarios y por los desprecios del clero.

Unos días antes del recibimiento del Padre Vigil, Mr. Clayton, miembro del Senado, pronunció un discurso en apoyo del tratado de su nombre, y anatematizó á Walker, á quien llamó bucanero y pirata por el despojo de la Compañía de Tránsito.

Sin embargo, apenas se supo el reconocimiento del Gobierno de Nicaragua, los amigos de Walker en Nueva-York celebraron un gran *meeting* el 9 de mayo de 1856 y en él se acordó pedir al Gobierno americano, la abrogación del tratado Clayton-Bulwer, el reconocimiento de Walker como beligerante en Nicaragua y la ratificación del derecho de conquista que le asistía sobre todo Centro-América.

Mientras tanto, el ex-Ministro French recorría los Estados del Sur y ofrecía la proclamación de la esclavitud en Nicaragua y más de veinte mil indios para los trabajos agrícolas.

El ex-Senador Mr. Pierre Soulé convocó en el mes de julio y por instancias de French un *meeting* en Nueva-Orleans. Soulé era un orador notable y tomó la palabra para hacer grandes elogios de Walker y de la portentosa conquista de Centro-América, que ya daba por concluida; para ponderar las ventajas que con este nuevo territorio reportarían los Estados esclavistas; y para encarecer la necesidad de prestar ayuda al heroico conquistador, siquiera con mil hombres más y unos doscientos cincuenta mil francos. En

seguida habló French á nombre de Walker y sostuvo las palabras de Soulé y hacía los más bellos ofrecimientos á todos cuantos le prestaran ayuda en su empresa.

Cuando el entusiasmo fué general, se presentó papel y pluma á la concurrencia, para que voluntariamente suscribiera las cantidades que gustara; pero solamente doce personas pusieron sus firmas, por lo cual se aplazó para más tarde la terminación de aquel asunto.

El triunfo alcanzado en los Estados-Unidos llenó de aliento á Walker, y fingiendo una elección directa, suscrita por sus aventureros, se proclamó *Presidente constitucional de Nicaragua*, por una mayoría de ocho mil cuatrocientos un votos, según decía.

En esos días regresó á Granada el Padre Vigil, quien encontró á Walker completamente descarado y hablando solamente de sus proyectos de conquista de Centro-América y de la manera de restablecer la esclavitud en Nicaragua; pero el buen Cura se había prendado tan de veras de su "ángel tutelar," que no vaciló en solemnizar con su presencia, como representante del clero, la inauguración presidencial de Walker, que se verificó el 12 de julio de 1856, sobre un tablado que se levantó en la plaza de Granada y con asistencia también de Mr. Wheeler, Ministro americano.

Walker, Presidente entrante, Ferrer, Presidente saliente y Mr. Wheeler, Representante de los Estados-Unidos, pronunciaron largos discursos. El del último se concretaba á manifestar, que con instrucciones terminantes de su Gobierno, reconocía á Walker como Presidente legítimo de Nicaragua y que se esforzaría en cultivar las mejores relaciones entre ambos gobiernos.

Walker organizó en seguida su ministerio del modo siguiente: para la cartera de Relaciones Exteriores, al Licenciado don Fermín Ferrer; para la de Guerra, al General don Mateo Pineda, y para la de Hacienda al General don Manuel Carrascosa, que era uno de los redactores de *El Nicaragüense*.

Todos los Ministros tenían por Sub-Secretarios á filibusteros americanos, de la confianza de Walker, algunos de ellos autorizados para ser obedecidos á la par de los Ministros, que no eran otra cosa que pobres maniqués.

En el primer decreto del Gobierno filibustero, se ordenó la confiscación de todos los bienes de los enemigos; y como éstos eran los propietarios del país, la propiedad nicaragüense se convirtió en botín de guerra repartido pródigamente entre los compañeros de Walker. A Soulé, que reclamó su parte, le fué donada una rica hacienda de cacao. (1)

El 22 de julio decretó Walker un empréstito extranjero de dos millones de pesos, ofreciendo en pago los terrenos de Nicaragua, y nombró á Pierre Soulé comisionado para contratarlo.

Poco después se permitió el uso del idioma inglés para los documentos oficiales; y el 27 de agosto se expidió la célebre ley, que restablecía la esclavitud en Nicaragua, y derogaba las leyes federales que la prohibían.

Esta última disposición fué el complemento del decreto de empréstito. Pierre Soulé regresó inmediatamente al Sur de los Estados-Unidos á solicitarlo, ofreciendo en pago los terrenos de Matagalpa y á los in-

(1) "Las Mercedes," situada en el departamento de Granada y propiedad de la familia Chamorro—(N. del A.)

dios que los poblaban, de quienes se dijo en *El Nicaragüense* que eran tan aptos como los negros para el servicio de la agricultura.

La proclamación de Walker y el reconocimiento que de su gobierno hizo Mr. Wheeler en nombre del de Estados-Unidos, llenó de alarma á todo el continente hispano-americano. Chile y Perú celebraron un tratado de alianza, y en él estipularon contribuir con hombres y recursos en auxilio de Centro-América.

El Cuerpo diplomático de Washington volvió á repetir sus protestas en los términos más enérgicos y los Representantes de España y Francia, anunciaron oficialmente que enviarían sus escuadras á vigilar las costas de Centro-América.

El 19 de agosto se presentó en Trujillo la fragata inglesa *Cossak* al mando del Coronel Jaime Cockburn. Estaba armada en guerra con veintidos cañones y traía á su bordo doscientos cincuenta soldados.

El Comandante saltó á tierra é hizo saber á las autoridades del puerto, para que lo pusiera en noticia de los Gobiernos centro-americanos, que venía con objeto de oponerse al bloqueo de Nicaragua, que acababa de decretar Walker.

La polvareda que levantó en todas partes la inauguración del Gobierno filibustero, fué grande; pero no conoció límites, cuando á ella se agregó la noticia del restablecimiento de la esclavitud. El mismo Walker se asustó del efecto que produjo semejante disposición.

Desde algún tiempo antes, la cuestión de la esclavitud humana era el tema acalorado de las discusiones de los hombres públicos de Norte-América.

En enero de 1854, el Senador Doylas presentó un proyecto de ley para la organización de los territorios de Kansas y Nebraska, en que proponía que la cuestión

de esclavitud para los nuevos Estados, se remitiera al voto popular de sus habitantes.

Los Estados del Este y del Sur de los Estados-Unidos, que eran esclavistas, se esforzaron en fomentar la inmigración á Kansas, para que cuando fuese admitido como Estado alcanzara la mayoría de la votación su partido.

Desde esa fecha la cuestión de esclavitud estaba á la orden del día en todo el territorio americano.

Los Estados del Norte, que eran celosos anti-esclavistas, se alarmaron mucho y se llenaron de justa indignación, cuando se impusieron del insensato decreto de Walker en Nicaragua, que los periódicos *saristas* reproducían con comentarios pomposos, en los que se exageraba su importancia y sus alcances.

“Ciertamente, dice Walker (1), el autor del decreto sobre esclavitud ignoraba cuando lo publicó, la grande y general prevención que existía en los Estados del Norte contra la sociedad del Sur. No sabía lo generalizados que se encontraban en aquellos Estados los sentimientos anti-esclavistas, que se enseñan en sus escuelas, se predicán en sus púlpitos y se inculcan por las madres desde la niñez.”

Los poderosos Estados del Norte se levantaron como un solo hombre contra la invasión de Walker. Ellos acaudillaban el gran partido liberal republicano que representaba la mitad de la Nación americana y pusieron en verdaderas dificultades á Mr. Pierce, que buscaba popularidad y prestigios para reelegirse.

La prensa esclavista elevó á la apoteosis al autor del decreto de 27 de agosto, hubo grandes *meetings* en los Estados del Sur y se le auxilió con algunos hombres y recursos; pero eso valía bien poca cosa ante la

(1) *Guerra de Nicaragua* por el General William Walker.

actitud decidida de Francia, España, Inglaterra, el Brasil, las Repúblicas sud-americanas y los Estados del Norte de los Estados- Unidos.

Mr. Pierce había sido elevado por el partido esclavista y estaba obligado á prestar apoyo á la política *surista* en Kansas y en la América-Central. Walker que no lo ignoraba quiso precipitar los acontecimientos; pero el escándalo había tomado proporciones colosales. Mr. Pierce reunió á los principales hombres del Sur, para que viesen lo dificultoso de su situación y encarecerles que no lo apuraran más con las cuestiones de Centro-América, si querían su apoyo decidido en la cuestión de Kansas.

El arreglo de las dificultades con Inglaterra, acabó de influir en el Gobierno americano en el sentido que demandaban su honor y su deber.

La Gran Bretaña y los Estados- Unidos, celebraron en el mes de diciembre de 1856, un tratado que aclaraba el de Clayton-Bulwer, llamado de Dallas-Clarendon, en virtud del cual se quedó la primera con Belice y ofreció devolver Roatán, San Juan del Norte y la Reserva Mosquita, comprometiéndose nuevamente ambas naciones á la fiel observancia del tratado que aclaraban.

En agosto de 1856 envió Walker á Goicuria los credenciales de Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno inglés.

El caudillo filibustero veía acercarse la tempestad por todas partes y temía el poder é influencias de la Gran Bretaña. Sus temores se habían aumentado con la lectura de unas cartas que sustrajo en Panamá y en las cuales el Canciller de Su Magestad Británica ofrecía al Representante de Costa-Rica en Londres, armas y elementos de guerra para la contienda pendiente.

Goicuria requirió en vano el cumplimiento de los

auxilios ofrecidos, para la libertad de Cuba. Walker temía también á España, y con distintos pretextos, burlaba la palabra empeñada.

Entre las instrucciones, que se enviaron á Goicuria, hubo algunas que contrariaban lo que se le había ofrecido. Esto ocasionó la ruptura de ambos caudillos y varios escritos de Goicuria, en el *Herald* de Nueva-York, hacían revelaciones importantes en que se denunciaba á Walker como hombre malvado, torpe y sumamente impolítico.

Conocida la situación de Walker en el exterior, volveremos á reanudar la relación de los sucesos que se verificaban en Centro-América.

CAPÍTULO XXV

Guerra Nacional

Los legitimistas improvisan otro Presidente—Elementos de guerra que les proporciona Guatemala—Reconciliación de los partidos—Actitud anti-patriótica de éstos—Divisiones en el ejército aliado—Ocupación de Masaya—Combates de San Jacinto—Desastre de Byron Cole—Efectos que produce—Ataque frustrado de Masaya—Avance de la división costarricense—Ataque de Walker—Llegada de Carlos Henningsen á Granada con armas y elementos de los Estados Unidos—El Gobierno de Nicaragua envía pacificadores al campamento de los aliados—Resultados que obtienen—Combate naval—Reconcentración de Walker á Rivas—Incendio de Granada—Muerte de los Generales guatemaltecos Paredes y Solares—Elevación del Coronel Zavala—Defensa de Henningsen en Guadalupe—Burla que los filibusteros hacen de los aliados—Continúan las vergonzosas divisiones en el campamento de éstos—Junta de notables en León. Continúa el malestar—Noticia de los gloriosos sucesos del río San Juan—Llegada de Spencer á Costa-Rica—Expedición al río—Toma de los vapores—Resultados que produce. Marcha de los ejércitos aliados á Rivas

El inesperado asesinato del Presidente Estrada, del cual dimos cuenta en otro lugar, llenó de consternación á los defensores de la legitimidad. A la pérdida de aquel jefe tenían que agregar lo dificultoso de su situación, careciendo de otro jefe á quien proclamar, en defecto de Estrada, con visos de legalidad.

Se recordará que el improvisado Congreso Legislativo de Granada insaculó, en falta de los Senadores que señalaba la Constitución de 1854 para llenar la vacante del Presidente, á ex-Diputados de la últi-

ma Asamblea. Los pliegos que designaban á aquellos se habían perdido en Granada, cuando la sorpresa de Walker.

Estrada, que preveía su muerte, queriendo salvar el principio de la legitimidad, se invistió, en nombre de ésta y por sí y ante sí, de las atribuciones especiales del Poder Legislativo del Estado, y procedió á disponer la sucesión presidencial, designando á seis ex-Diputados legitimistas de su mayor confianza, cuyos nombres rubricó, cerró y selló en seis distintos pliegos, que deberían ser tomados indistintamente y por orden sucesivo en caso de falta repentina.

La previsión del finado Presidente vino á resultar inútil, porque los pliegos, que caminaban siempre en su equipaje, cayeron con sus demás papeles en poder del enemigo.

La dificultad era, ó parecía ser suprema para unos hombres tan apegados á las fórmulas legales, como los legitimistas, cuando llegó en su auxilio una casualidad tan rara, que pudiera calificarse de milagrosa. Los asesinos de Estrada, al retirarse de Somoto, botaron sin abrirlo, ni ajarlo siquiera, uno de los anhelados pliegos, que recogió en la calle una piadosa señora, la que ignorando su contenido lo llevó intacto al párroco del pueblo, quien á su vez, lo depositó de la misma manera en manos de uno de los jefes expedicionarios legitimistas.

Aquel pliego providencial, que pudo pasar por tantas manos sin despertar la curiosidad de abrirlo, fué conducido á la inmediata ciudad del Ocotal, en donde existían los restos del ejército legitimista. Éstos organizaron una junta y procedieron en su presencia á la solemne ruptura del pliego.

De los ex-Diputados inscritos por el finado Presidente, para ser sus herederos testamentarios en el ejer-

cicio del Poder Ejecutivo, sólo existía uno en la población, que era el Ministro general don Nicasio del Castillo, y fué justamente su nombre el que apareció en el pliego.

Castillo tomó posesión inmediatamente, organizó su Gabinete con los jefes de sección, don José León Avenaño y don Ignacio Padilla, que elevó á la categoría de Ministros, y á continuación marchó para Matagalpa con la fuerza militar del Coronel Bonilla.

Mientras tanto, por indicación del comisionado legitimista don Fulgencio Vega, el Gobierno de Guatemala adelantó trescientos fusiles con sus respectivas municiones. Con estos auxilios y con algunas armas blancas, los legitimistas improvisaron un ejército del que fué nombrado General en Jefe don Tomás Martínez.

La inesperada aparición de aquel nuevo Gobierno, haciendo tercería en Nicaragua, complicaba de tal manera las cosas, que hacía imposible el buen éxito contra el enemigo común que era Walker. Así lo comprendieron los mismos legitimistas, y deponiendo sus antiguos odios, se reconciliaron con los democráticos, celebrando el 12 de setiembre un convenio que fijó las bases de la paz.

Según aquel documento, don Patricio Rivas continuaría como Presidente hasta que le sucediera el que eligieran constitucionalmente los pueblos.

Se acordaba la formación de un Ministerio, compuesto de miembros de ambos partidos y se estipulaba para su tiempo la revisión de la Constitución de 1838.

El General legitimista don Tomás Martínez quedaba ampliamente autorizado é investido de las facultades del Gobierno durante la guerra, para sacar recursos de toda clase de los departamentos de Matagalpa, Chontales y Managua.

Se estipulaba, por último, un olvido de todo lo pasado y el reconocimiento de las deudas de ambos Gobiernos por causa de la guerra; siendo garantes de las estipulaciones los Gobiernos del Salvador y Guatemala, representados por los jefes de sus respectivos ejércitos.

Terminada parecía toda diferencia entre legitimistas y democráticos y que Walker sería impotente para resistir el empuje de todo Nicaragua; pero desgraciadamente las rivalidades sólo habían concluido en la apariencia.

Ambos bandos, pensando que Waker no podría resistir mucho tiempo, en vez de aunar sus esfuerzos para aniquilarlo, se preparaban y procuraban estar fuertes, para el día en que desaparecieran los filibusteros, disputarse nuevamente el poder.

No faltaron algunas excepciones entre ambos partidos, que se levantaron del nivel de tanta miseria y lo sacrificaron todo en defensa de la autonomía y libertad de Nicaragua.

Jerez, enfermo de fiebre y fuerte tos, debía quedar hecho cargo de la Gobernación Militar de León, al lado de su familia, entre sus amigos y lejos del peligro. Así estaba estipulado y así lo exigía su partido, deseo de economizar hombres y recursos; pero el jefe democrático se opuso, y durante toda la campaña contra los filibusteros, buscó siempre el sitio de mayor peligro y se cubrió de honrosas cicatrices.

Entre los legitimistas, el General don Fernando Chamorro, hermano del ex-Presidente del mismo apellido, á quien sobraron pretextos é insinuaciones para quedarse entre los suyos acumulando elementos, observó la misma conducta de Jerez, pareciendo empeñado en disputarle los puestos más difíciles.

Contábanse en ambos bandos varias otras perso-

nas que seguían las huellas de Jerez y Chamorro y reivindicaban el nombre nicaragüense; pero la generalidad del país, atenta sólo á pequeñeces, era con su conducta anti-patriótica, la mejor amiga de Walker.

Los ejércitos aliados también se dividieron. *Chapines* y *Guanacos* se plegaron, los unos á los legitimistas, los otros á los democráticos, manteniendo vivo el fuego de la discordia.

Había cuatro Generales en jefe, celosos los unos de los otros, y la unidad de acción tan necesaria en aquellas circunstancias era imposible de alcanzarse.

En tal situación las cosas, los ejércitos aliados salieron de León el 18 de setiembre de 1856 y se pusieron en marcha para tomar la bien fortificada plaza de Masaya, ocupada entonces por Walker y señalada para cuartel general.

Los filibusteros noticiosos, del crecido número de fuerzas que llegaban á atacarlos, se replegaron precipitadamente á la plaza de Granada.

El 2 de octubre inmediato los aliados ocuparon tranquilamente la plaza de Masaya.

Antes de la salida de León, el General Martínez tuvo noticia de que los filibusteros, en pequeñas partidas llegaban á proveerse de ganado vacuno á las haciendas inmediatas á Tipitapa, y destacó sobre aquel punto al Coronel don José Dolores Estrada con ciento veinte hombres.

En la hacienda de San Jacinto, colocada en una eminencia que domina toda la llanura, se situó poco después el Coronel legitimista dispuesto á impedir la extracción del ganado.

Walker tuvo noticia de la llegada de Estrada y mandó una escolta de cuarenta hombres á sorprenderlo; pero la casa de San Jacinto, además de ser dominante, estaba rodeada de gruesas murallas de pie-

dra, que servían de corrales, y trás de éstas salió un fuego tan nutrido de fusilería, que obligó á los filibusteros á desistir de su empeño, dejando muerto al segundo jefe de la expedición.

La presencia del enemigo en San Jacinto fué cosa que preocupó mucho á Walker, porque lo privaba del abasto de carne para la plaza de Granada, por lo cual dispuso atacar á Estrada inmediatamente.

Era tal el desprecio que sentían los filibusteros, especialmente los recién llegados, por los *greasers* de Nicaragua, que creían que era cosa de sólo presentarse en número respetable, para que salieran huyendo de ellos. Sobraron, pues, voluntarios que quisieran formar parte en la expedición, ansiosos de conquistar laureles militares á poca costa.

La columna compuesta de ciento veinte hombres, entre oficiales y soldados, salió alegremente de Granada, aunque sin llevar artillería por el mal estado de los caminos.

En Tipitapa se incorporó Byron Cole, deseoso de recibir su bautismo de sangre en aquella vez, y obtuvo el mando de la expedición.

Al amanecer del 14 de setiembre de 1856, Byron Cole y sus hombres, favorecidos por una espesa niebla, estuvieron á punto de sorprender á Estrada, que descansaba confiadamente sin puestos de avanzada. Éste, sin embargo, tuvo tiempo de prepararse y resistió el ataque.

Byron Cole no era militar, nunca había estado en una acción de guerra, y además, iba tan confiado en que los *greasers* echarían á correr, que olvidó las más triviales reglas de la estrategia y atacó en cuerpo por el flanco derecho de la casa.

Los americanos, casi todos jóvenes, aguerridos y bien armados, pelearon con denuedo y bizarría, asal-

tando las cercas de piedra; pero los legitimistas estrechados en el escaso recinto de las fortificaciones, se sostuvieron con bravura.

Estrada, que era un hombre de mucha calma, no perdió su sangre fría en aquel trance apurado, y aprovechando la impericia del enemigo, le mandó picar la retaguardia con tres guerrillas, que salieron de pronto de la espesura de un pequeño bosque y cayeron de sorpresa sobre los filibusteros, en los momentos en que todas las ventajas estaban de parte de éstos.

Aquel ataque inesperado á retaguardia, seguido del ruido casual que hicieron en la misma dirección las espantadas caballerías de los legitimistas, que pastaban sueltas, hizo creer á los filibusteros que el grueso del ejército aliado venía en auxilio de Estrada, y se pusieron en desordenada fuga.

Los legitimistas los persiguieron con furor por toda la llanura é hicieron una horrible matanza de fugitivos, contándose entre las víctimas al infortunado Byron Cole.

Cuando los destrozados restos de la columna americana se presentaron en Granada, reducidos á un escaso número y presas todavía de terror pánico, el desaliento fué general en la plaza.

Los filibusteros que creían antes que cada uno de ellos valía por un centenar de los nativos, estaban palpando que fuerzas iguales y peor armadas acababan de darles en San Jacinto una lección de las más severas. Entonces se contaron y vieron que su número era infinitamente menor que el de los enemigos. La desertión desde ese día fué muy considerable en Granada.

La *batalla de San Jacinto*, que en rigor no pudiera llevar otro nombre que el de acción ó combate, por haberse verificado con una sola clase de armas y en-

tre dos pequeñas escoltas, fué sin embargo, de una influencia decisiva, porque estimuló y alentó á los aliados y dió el convencimiento de que los filibusteros no eran invencibles.

Walker necesitaba recobrar sus prestigios y llenar de aliento á sus abatidos soldados. Con este objeto, apenas recibió un refuerzo de cuatrocientos hombres más, que le llegaron de los Estados-Unidos, dispuso el ataque de Masaya el día 11 de octubre de 1856; pero no pudo terminarlo, porque mientras lo verificaba, las tropas guatemaltecas que se hallaban en el pueblo de Diriomo aprovecharon su ausencia y cayeron sobre Granada, obligándolo á regresarse con grandes pérdidas.

El Ministro americano Mr. Wheeler fué llamado por su gobiernó para dar informes de los sucesos de Nicaragua. Se embarcó el 13 por la noche en el vapor *Virgin* del lago, y le acompañaba el Cura Vigil, que iba huyendo de la mala situación en que veía á sus amigos y Ferrer que llevaba el nombramiento de Ministro Plenipotenciario ante el Gabinete de Washington. Este último no hizo uso de sus credenciales, más que para celebrar un contrato de colonización con el General William L. Cazneau para que llegaran mil colonos á Nicaragua.

Pocos días después llegó á Granada, con armas y municiones de los Estados-Unidos, Carlos F. Henningsen, á quien precedía su fama de aventurero militar en Hungría y en España, á las órdenes respectivamente de Kossuth y de Zumalacárregui. Los amigos de Walker lo habían contratado, y éste, contento con tener quien diera una verdadera organización militar á sus aventureros, lo nombró á continuación General de brigada con el encargo especial de organizar la artillería y enseñar el tiro con el fusil Minié.

Henningsen era de origen inglés, tenía alguna experiencia militar, mucho valor, una clara inteligencia y alguna ilustración. Su vida de aventuras y el ser autor de dos obras en que refería las revoluciones de España y Hungría, en las cuales había tomado parte tan activa, le habían hecho muy conocido en los Estados-Unidos y gozar de algún prestigio. Al identificarse con Walker, llevó á éste el auxilio de sus esfuerzos personales y el prestigio de su nombre.

En el entretanto, Costa-Rica, en cumplimiento de sus promesas, hizo avanzar sus ejércitos sobre Nicaragua, y su vanguardia que llegó á Rivas el 1º de noviembre derrotó á una columna de filibusteros y se posesionó de la línea del Tránsito.

Walker, tan luego como supo la ocupación de aquel importante lugar, determinó reconquistarlo, y al efecto se embarcó con doscientos hombres; y al amanecer del 12 de noviembre, cayó sobre los costarricenses y los deshizo en la Cuesta-Grande del camino de San Juan del Sur.

Rápido como siempre, Walker, se reembarcó inmediatamente, y el día 15 amaneció atacando la plaza de Masaya con seiscientos americanos. La defendieron tres mil aliados; pero merced á las rivalidades de los jefes, no pudieron rechazar el ataque durante cuatro días y dejaron que al cabo de este tiempo se retirara Walker tranquilo.

El Gobierno de León envió comisionados al campamento aliado con objeto de arreglar el desacuerdo existente; pero se hacían los convenios y al rato se infringían con cualquier pretexto.

En esos días salió de Costa-Rica, armado en guerra, el buque *Once de Abril*, llevando á su bordo ciento diez hombres entre jefes y soldados y conduciendo dinero y elementos para el ejército aliado. Después de un

recio temporal, que demoró su marcha, el día 22 de noviembre se encontró á las cuatro de la tarde, con el buque filibustero *San José*, con el que trabó un encarnizado combate.

Trascurrida una hora de lucha desesperada por ambas partes, cuando la victoria parecía declararse por los costarricenses, un proyectil incendió la Santabárbara del buque centro-americano, que voló en pedazos. El Comandante Valleriestra y la mayor parte de sus valientes soldados fueron salvados en el buque enemigo y conducidos á San Juan del Sur.

La situación de Walker no era tan satisfactoria que le permitiera mantener dividida su atención entre Granada, amenazada por el grueso de los ejércitos aliados, y la línea del Tránsito, por Cañas y Jerez, que desde un principio habían ocupado la plaza de Rivas, tanto para favorecer las operaciones de Costa-Rica, como para estar alejados del teatro de las divisiones.

Walker, pues, resolvió replegarse á la línea de Tránsito y con este objeto se adelantó á preparar los alojamientos; dejando en Granada á su segundo, el General Henningsen con instrucciones de salir en determinada fecha, incendiando antes la población para castigo de los legitimistas.

Cuando los aliados supieron por un espía lo que se trataba de hacer con Granada, se lanzaron precipitadamente á salvarla.

El 24 de noviembre, se presentaron en son de ataque, cuando la ciudad de Granada ardía por sus cuatro lados y Henningsen, que no esperaba ser interrumpido, estaba tan entregado á su obra de destrucción, que casi fué sorprendido. Con dificultad pudo reunir sus dispersas y emborrachadas tropas en número de quinientos hombres, y oponerlas á los aliados.

Henningsen, apenas habría podido resistir pocas horas el ataque bien combinado de tres mil aliados, si éstos no hubieran estado tan divididos y faltos de concierto. El jefe filibustero no solamente lo resistió, sino que para burlarse de ellos, resolvió continuar el incendio en sus barbas, no dejando edificio que no redujera á cenizas, ni piedra que no removiera.

Tanta insolencia llenó de coraje á los aliados, que embistieron por todas partes y obligaron á Henningsen á parapetarse en el templo de Guadalupe, inmediato al lago, en donde se le puso sitio.

Henningsen, batiéndose día y noche, faltó de alimentos y diezmado por el cólera, se sostuvo heroicamente diez y ocho días.

El 12 de diciembre desembarcaron por la noche ciento sesenta americanos, enviados por Walker, rompieron las líneas centro-americanas que sitiaban á Henningsen y reforzaron á éste en Guadalupe, que sólo contaba entonces con ciento cincuenta soldados.

Al día siguiente ambas fuerzas en número de trescientos diez hombres comandadas por el jefe filibustero, rompieron nuevamente el círculo de bayonetas que las rodeaba y se embarcaron á vista de los aliados, llevándose hasta los heridos.

Parece increíble que tres mil hombres de Guatemala, el Salvador, Honduras y Nicaragua, no pudieran impedir en veinte días el incendio de Granada ni capturar la gavilla de malvados que consumaba la destrucción de la ciudad. Sin embargo, el hecho fué tal como lo relatamos, y hay que confesar, para mayor vergüenza, que la causa no fué tanto el valor y pericia de Henningsen, ni la superioridad de los rifles y *revólvers* americanos sobre nuestros fusiles de piedra de chispa, sino los odiosos celos de los jefes centro-americanos.

Basta saber, que en pleno sitio la división salvadoreña abandonó antojadizamente su puesto y se retiró á León porque sus jefes no soportaban los ridículos que les hacían los jefes guatemaltecos y legitimistas, que estaban aliados en su contra.

Henningsen, al embarcarse, quiso dar la última bofetada á sus enemigos, y mandó fijar en la costa un poste con un letrero, que decía: "AQUÍ FUÉ GRANADA" (*Here was Granada.*)

Para mayor desgracia de los aliados, fallecieron en esos mismos días los Generales Paredes y Solares, jefes primero y segundo respectivamente, del ejército guatemalteco; motivo por el cual recayó el mando en el Coronel don Victor Zavala, hombre muy amigo de bromas y de un carácter ligero y aturdido, que lo hacía funesto en aquella ocasión tan difícil.

Belloso, jefe del ejército salvadoreño, había sido nombrado por el Gobierno de León Comandante General de las fuerzas en Nicaragua.

Al retirarse precipitadamente de Granada, esparciendo el alarma por todo el tránsito, tuvo especial cuidado de ordenar á Jerez que estaba en Rivas, y á sus órdenes, que se replegase en el acto á Masaya, abandonando la plaza fortificada de Rivas, que cerraba el paso de Walker. Jerez obedeció y los filibusteros, que estaban entrando en desaliento con tan dilatada lucha, ocuparon sin resistencia todo el departamento meridional y la línea de Tránsito que tanto apetecían.

El Gobierno de León, deseoso de poner término á las rivalidades invitó á todos los jefes de los ejércitos aliados para que tuvieran una reunión en la casa de gobierno. Se verificó el 24 de diciembre de 1856, con el éxito de siempre: se protestaron amistad y perfecta armonía; y al salir á la calle volvieron de nuevo á mirarse de reojo.

La antipatriótica conducta de los jefes aliados por una parte, las rudezas de la campaña y los estragos del cólera por otra, habrían desalentado por completo á los ejércitos, bastante desmoralizados ya, y asegurado la dominación de Walker, si en principios de enero de 1857, no hubieran llegado las gratas nuevas de la toma de los vapores del río San Juan, de que se servían los amigos de los filibusteros para enviarles refuerzos de los Estados-Unidos.

Se recordará que el Comodoro Cornelio Vanderbilt y todos los demás miembros de la antigua Compañía de Tránsito estaban sedientos de venganza contra Walker.

Para dar fin con la invasión de los filibusteros tenía que principiarse por cortar toda comunicación con los Estados-Unidos, de donde venían refuerzos de hombres, recursos y elementos de guerra. Así lo comprendió Vanderbilt, quien buscó á Spencer, diestro marino y antiguo capitán de los vapores del río, y lo envió á Costa-Rica á ponerse á las órdenes del Presidente don Juan Rafael Mora, que desde el principio de la campaña había dado muestras de un celo y actividad extraordinarios. (1)

(1) He aquí, lo que sobre este particular refiere *El Canal de Nicaragua*, semanario de Granada, en el número 11, año I, correspondiente al 7 de marzo de 1877.

“El Comodoro Vanderbilt comprendió la situación del aventurero, que había despojado á la Compañía de sus propiedades, y resolvió aniquilarlo.

“En 1857 se hallaba en una cena en el restaurante Delmónico de Nueva-York, en unión de varios hispano-americanos. Se trató de la situación de Nicaragua y del poder de Walker, y en la exaltación producida por los brindis entusiastas de los hispano-americanos, el Comodoro tomó la resolución de acabar con los filibuste-

Mora aceptó gustoso los servicios de Spencer á quien ofreció nuevas gratificaciones y siguió al pié de la letra las indicaciones del Comodoro Vanderbilt, que le aconsejaba cambiar de política acerca de la guerra á muerte que había declarado á los filibusteros, y dar una proclama ofreciendo pagar los gastos del pasaje á los Estados-Unidos á todos los que desertaran de las filas de Walker.

El 3 de diciembre de 1856 salió de San José una división de doscientos hombres, armados de buenos rifles, con dos piezas de artillería y al mando del Coronel Barillier. Spencer iba agregado á la expedición.

El 21 del mismo mes, después de dificultades y privaciones increíbles, entre los pantanos y malezas de las bajuras anegadizas del río San Juan, los costarricenses en improvisadas balsas de troncos y en pequeñas canoas, lograron pernoctar en el estero de Copalchí, inmediato al fuerte de Trinidad, en el islote de

ros. ¿Pero, cómo? No tiene escuadras, no tiene ejércitos; pero tiene voluntad y tiene dinero, dos poderes incontrastables.

“Hizo llamar en el acto á Spencer, experto marino, joven bizarro y audaz.

“Llegó Spencer, estando aún todos los amigos del Comodoro al rededor de la mesa. ¿Cree U. fácil, le dijo el Comodoro, tomar los vapores que tiene á su servicio William Walker.

— “No lo creo difícil, contestó el joven, con el acento propio de quien tiene profunda convicción.

— “¿Puede y quiere U. acometer esa empresa?

— “Estoy á su disposición, repuso Spencer, con la tranquilidad del hombre audaz, que tiene conciencia de lo que vale, de lo que puede.

“En medio del más profundo silencio de todos los espectadores, que miraban con asombro á aquellos dos hombres, sacó el Comodoro de su bolsillo un cheque de veinte mil *dollars*, que entregó á Spencer, como premio anticipado de la audaz empresa que iba á acometer.”—(N. del A.)

Hipps, que defendían sesenta americanos á las órdenes del Capitán filibustero Francisco Thomson.

A continuación se internaron á pié por entre la montaña y encendieron varias hogueras, á cuyo calor lograron desentumecerse de la incómoda posición que trajeron y de la continuada lluvia.

A las diez de la mañana del día siguiente, avanzaron por entre la misma montaña hasta llegar al campamento de los filibusteros, á quienes sorprendieron por retaguardia en momento de estar sirviéndose el rancho.

Durante las dificultades del camino, los costarricenses perdieron la artillería, que se llevó la corriente en una balsa escapada, y la lluvia mojó el parque é inutilizó los fusiles, por lo cual sólo cinco dispararon, teniendo que tomar el fuerte á punta de bayoneta. Afortunadamente la sorpresa fué tan completa, que los filibusteros sólo pensaron en buscar la fuga, pereciendo la mayor parte en el río á donde se lanzaron huyendo. De los sesenta hombres únicamente se salvaron seis, que fueron hechos prisioneros.

Inmediatamente se organizó una pequeña flota en cinco botes tomados al enemigo, y puesta al mando del Mayor Máximo Blanco, se dirigió á San Juan del Norte y pernoctó en las inmediaciones, en la casa de un nicaragüense, á quien llamaban con el apodo de *Petaca*. Aquí encontraron la artillería, que el nicaragüense había tenido el cuidado de recoger de la balsa que arrastraba el río, y tomaron sus últimas providencias.

El 23 á las cinco de la mañana se presentaron los expedicionarios en San Juan. La población dormía confiada y con facilidad fueron capturados los vapores *Wheeler*, *Morgan*, *Machuca* y *Bulwer*. Al tomar este último, el ruido de voces despertó al agente de la Compañía de Tránsito Mr. Scott, que tocó en el acto

la campana de alarma. A esta señal ocurrió una lancha de la escuadrilla inglesa, que permanecía anclada en la bahía, y á la que Mr. Scott pidió auxilio diciendo que temía ser asesinado con su familia.

A las once de la mañana se destacaron dos lanchas cañoneras en actitud amenazadora; pero llegadas cerca de los vapores, manifestó el jefe de ellas que solamente venía á dar garantías á las personas de la familia de Mr. Scott, que lo había implorado; pero no para estorbar la captura de los vapores.

Cuando el Cónsul americano en San Juan del Norte, Mr. B. S. Cottrell tuvo noticia del suceso, se dirigió en el acto á los costarricenses exigiéndoles imperiosamente la devolución de los vapores por ser propiedad de los ciudadanos americanos Carlos Morgan é hijos, á quienes Randolph había cedido la línea; pero el agente de la antigua Compañía, que también estaba presente, reprodujo que eran propiedad de Mr. Vanderbilt, en cuyo nombre procedían los costarricenses.

El Cónsul, enfurecido de que no se le obedecía, pidió auxilio al Comodoro de la escuadra inglesa, que vigilaba el puerto. Éste le contestó en los términos más amables, que sentía no poder complacerlo, porque estando aquellos vapores al servicio del enemigo con quien peleaba Costa-Rica, las leyes de la neutralidad le prohibían toda intervención en semejante asunto.

Dueños de los vapores, los costarricenses se regresaron en ellos, en la noche del 24, comandados por Spencer, Máximo Blanco y Joaquín Fernández; pero un chubasco arrojó dos de los vapores á la costa y los maltrató bastante. El 25, sin embargo, lograron reparar sus averías y continuar su marcha hacia el fuerte de Trinidad en cuyas inmediaciones pernoctaron.

El 26 arribaron al fuerte, dejaron reparándose los

vapores *Wheeler* y *Machuca* y la expedición continuó su marcha, al mando de los mismos jefes en los vapores *Morgan* y *Bulwer*. En la confluencia del San Carlos recogieron al Capitán Francisco Quiroz con ochocientos costarricenses, que se había nextraviado en el viaje, cuando iban á tomar el fuerte de Trinidad, y por éstos supieron que el Castillo Viejo se hallaba desmantelado y fácil para ser sorprendido. Se determinó, entonces, que Spencer en el *Morgan* avanzara sobre el San Juan y atacase el Castillo; mientras Fernández en el *Bulwer* subiría por el río San Carlos, para dar cuenta á las autoridades costarricenses del triunfo alcanzado.

El General don José Joaquín Mora, hermano del Presidente de Costa-Rica, había sido nombrado General en Jefe del ejército expedicionario, y con quinientos hombres se dirigió á marchas redobladas á proteger los movimientos del río.

El 22 de diciembre acampó en el muelle del río San Carlos y de allí destacó varias partidas de observación, que regresaron sin traerle noticias de los expedicionarios. Creyéndolos, sin embargo, en dificultades, embarcó en dos balsas y dos botes los víveres y municiones que pudo y cincuenta hombres para reforzarlos.

Esta expedición, que comenzó á bajar el San Carlos el día 27, se encontró poco tiempo después de su salida con el *Bulwer* que comandaba el Coronel Fernández. Éste llegó en el mismo día al campamento del General Mora, á cuyas órdenes puso el vapor, le dió cuenta de los sucesos del río San Juan y se dirigió inmediatamente después por tierra á dar el mismo informe al Presidente Mora en San José.

Mientras tanto Spencer, á bordo del *Morgan*, llegó al Castillo á las cuatro de la tarde del propio día 27 y

sorprendió de tal manera á la guarnición americana que la rindió sin un tiro. Dueño ya de aquella fortaleza, Spencer hizo concurrir con engaño, enviándole un falso parte, al vapor *Ogden*, que se hallaba en el raudal del Toro. A su entrada, que se verificó á las siete de la mañana del 28, fué capturado fácilmente por sorpresa.

Por los pasajeros del *Ogden* se supo que el vapor *Virgen*, anclado entonces en la estación de Danms, cerca del raudal del Toro, en donde se abastecía de leña, conducía elementos de guerra para Walker. Spencer, sin pérdida de tiempo embarcó alguna tropa en el *Ogden* y se dirigió á la estación de Danms en busca del vapor enemigo. Éste, vió venir al *Ogden*, que la víspera se había separado de su costado para conducir los pasajeros del Castillo, según el falso parte que se le había dado, y lo dejó acercarse sin la menor sospecha de que estuviera ocupado por enemigos. Spencer hizo los saludos y demostraciones amistosas que acostumbraban los vapores de la Compañía y fingiéndose amigo, atracó al costado del *Virgen* y lo tomó sin resistencia, encontrando en sus bodegas cuatro piezas de artillería, cuatrocientos rifles nuevos, abundantes municiones de boca y guerra y un cargamento de licores finos.

Spencer pasó los días 28 y 29 de diciembre en la estación de Danms esperando los refuerzos del General Mora para dirigirse á San Carlos; pero viendo que no llegaban, envió en su busca al vapor *Morgan*, y en el *Ogden* se dirigió él con su poca gente á probar una sorpresa.

El día 30 fondeó tranquilamente el *Ogden* frente al cañón del glacis de la fortaleza de San Carlos (1) pa-

(1) Debemos hacer observar, que la fortaleza de San Carlos,

ra infundir mayor confianza al enemigo. Spencer dió con toda calma las señales de costumbre, y el Comandante de la fortaleza, que era el Capitán filibustero Mr. Kruger, no teniendo noticia de que hubiera enemigos en el río y viendo, además, el vapor bajo los fuegos de sus cañones, fué con toda confianza, seguido de una escolta, á hacer la visita de costumbre. Al entrar se le llevó con engaño á un camarote, donde se le intimó rendición, se le puso al corriente de todo lo sucedido y se le obligó con alguna dificultad á escribir una orden, llamando á bordo y sin armas á toda la guarnición. Después de ésto, la fortaleza cayó sin resistencia en poder de los costarricenses, que hicieron setenta y dos prisioneros al enemigo y quitaron dos piezas de artillería de á veinticuatro.

Dejamos al General Mora en el muelle de San Carlos, en donde lo encontró el *Bulwer* el día 27. El 23 embarcó doscientos hombres, dos piezas de artillería, gran parte de las municiones de guerra y algunos víveres, y á las nueve de la mañana principió á bajar el San Carlos, dejando en el muelle el resto de su gente y municiones á cargo del Mayor don Juan Estrada y con orden de conducirse en botes y balsas al río San Juan.

El día 30 á las tres de la tarde encontró Mora el vapor *Morgan*, enviado por Spencer en su busca. Como el *Bulwer* se encontraba en mal estado, Mora se trasbordó con la gente al *Morgan* y caminando á todo vapor logró fondear en el Castillo á las diez de la mañana del 31 de diciembre.

se encuentra situada en el río San Juan de Nicaragua, y el muelle de San Carlos, donde estaba Mora, en el río del mismo nombre tributario del San Juan y en territorio de Costa-Rica—(N. del A.)

En el Castillo tuvo noticia exacta el General Mora de todo lo ocurrido, y sin pérdida de tiempo dispuso marchar en auxilio de Spencer, á quien suponía en dificultades. Para llegar más breve se trasbordó al *Ogden*, que acababa de llegar, enviado por Spencer, dándole cuenta de la toma de San Carlos y llamándolo con urgencia; y á las tres de aquella tarde principió á subir el río en el *Ogden*, á cuya máquina se le dió toda velocidad. Al llegar á la estación de Danms, se trasbordó al *Virgen*, y andando siempre de carrera, Mora logró fondear frente á San Carlos en la madrugada del 1º de enero de 1857.

La audaz y arriesgada empresa de los costarricenses estaba todavía incompleta. Faltaba aún el vapor *San Carlos*, el más grande de todos, que recorría en aquellos momentos los puertos del lago; pero el 3 de enero de 1857 se presentó á la vista, y poco después botó anclas con toda confianza.

Los costarricenses emboscados en las riberas, dejaron á Spencer el cuidado de hacer las señales de costumbre, y cuando lo creyeron conveniente, dieron el asalto y se adueñaron del buque.

Despojar á Walker de los vapores era una empresa que se consideraba de titanes. La realización de ese hecho en tan pocos días, levantó el espíritu de los centro-americanos y estimuló el pundonor militar de los jefes en campaña, que deponiendo por un momento sus pequeñeces y rencillas, marcharon unidos sobre Rivas, resueltos á exterminar al enemigo común.

Belloso con sus tropas fué la única excepción. Impresionado con el recuerdo de las pullas de los guatemaltecos y legitimistas, y más que todo, con los estragos de los rifles americanos, no hubo reflexión suficiente para decidirlo á salir de León

Los ejércitos aliados se organizaron provisional-

mente en el pueblo de Nandaime, nombrando General en jefe, al General don Florencio Xatruch, Comandante de las fuerzas auxiliares de Honduras; y así organizados fijaron un cuartel general en San Jorge, el día 28 de febrero de 1857.

CAPÍTULO XXVI

Fin de la guerra nacional

Situación de Walker en Rivas—Noticia de la toma de los vapores—Comisión de Lackridge—Expedición que organiza—Mal éxito que alcanza—Ataque de Henningsen á San Jorge—Llegada de Mora—Reunión que se proyecta—Sorpresa que da Walker—Ataque del 7 de febrero—Deserciones de filibusteros—Llegada del Capitán Davis—Solicitudes que dirige—Acción de Jocote—Nombramiento de Mora para General en Jefe—Toma posesión y ordena el sitio de Rivas—Ataques á la plaza—Capitulación de Walker—Opinión sobre ella—Regreso de Mora—Conducta de Zavala en León—Sale precipitadamente del país—Jerez y Martínez proclaman la dictadura—Manifiesto de los dictadores.

La situación de Walker en Rivas, durante las divisiones de los jefes aliados, llegó á ser brillante. Dueño de un departamento abundante en recursos de toda clase, de los vapores del lago y río que también lo abastecían, de la línea de Tránsito que le proporcionaba hombres y elementos de los Estados-Unidos, reforzó considerablemente su ejército y lo llenó de confianza con el halago de la prosperidad, las noticias de las rivalidades de los enemigos y la cobardía de éstos al frente de Henningsen en Granada.

El jefe filibustero fortificó muy bien la plaza de Rivas, arregló y sistemó su artillería y estableció un taller de fundición, en que se fabricaban diariamente grandes cantidades de balas de metal para cañón.

El concierto de tanta felicidad fué turbado de pron-

to con la noticia terrible de la pérdida de los vapores, golpe mortal, que llevaba nuevamente el desaliento al campo filibustero.

Nicaragua estaba salvada. El mismo Walker lo confesó después. "Los Estados del Sur, dice, (1) convencidos de la imposibilidad de introducir la esclavitud en el Kansas, se prepararon para concentrar sus esfuerzos sobre Centro-América, enviando á San Juan del Norte hombres escogidos y provistos de excelentes armamentos y equipos. Si los mismos esfuerzos se hubieran hecho tres meses antes (de la toma de los vapores), el establecimiento de los americanos en Nicaragua se habría asegurado sin peligro."

Walker valoró en toda su extensión la gravedad del acontecimiento; y si no se anonadó, fué por que tenía la seguridad de que Lockridge, uno de sus jefes de confianza, debería llegar en aquellos días á San Juan del Norte con refuerzos de los Estados- Unidos, y alimentaba la esperanza de que podría sorprender á los costarricenses por retaguardia y recuperar los vapores, según instrucciones que le mandó con uno de sus ayudantes, enviado por la vía de Panamá. El 9 de enero de 1857 llegó, con efecto, Lockridge á San Juan del Norte, á bordo del vapor *Texas*, conduciendo doscientos filibusteros bien armados con los cuales ocupó el puerto. Por el vapor *Jones Adger* le llevaron poco después cuarenta hombres más, armas y elementos en abundancia. Había en el puerto un vapor viejo y Lockridge se ocupó en repararlo para expedicionar sobre el río y sorprender á los costarricenses.

El 4 de febrero volvió á llegar el vapor *Texas*, conduciendo ciento ochenta hombres más, que enviaban

(1) *La Guerra de Nicaragua*, por el General William Walker—1860.

de Nueva-Orleans y con éstos y los anteriores formó Lockridge una columna de cuatrocientos veinte filibusteros, con los cuales se embarcó en el vapor que había hecho reparar y sorprendió la punta de Cody, frente á Sarapiquí, donde había una guarnición costarricense, á la que también desalojó á cañonazos en la madrugada del 13.

Envalentonados con el buen éxito, arremetieron con vigor la fortaleza del Castillo Viejo; pero fueron rechazados y tuvieron que replegarse á su fortificación de la punta de Cody.

Pronto las penalidades del río en la estación lluviosa, en que abundan los insectos, los reptiles venenosos y las fiebres, llenaron de desaliento á los filibusteros, y la desertión se hizo abundante, apoyada por la escuadra inglesa, que agasajaba á los prófugos.

Lockridge, desesperado de tanta contrariedad resolvió volverse á San Juan del Norte y de ahí tomar la costa é internarse por el territorio despoblado de Costa-Rica hasta salir á Rivas y juntarse con Walker. Se reembarcó, pues, con los únicos cien hombres que le quedaban; pero en el camino estalló la caldera del vapor *J. N. Scott* y mató y estropeó á la mayor parte de los expedicionarios, que escarmentados con aquel desastre, renunciaron á toda nueva tentativa.

Tan luego supo Mora en San Carlos que Lockridge había fracasado, envió al Coronel Cauty á San Juan del Norte á perseguir los restos de la expedición. El jefe costarricense, á la cabeza de su tropa, se presentó en el puerto el 11 de abril de 1857 y fué recibido por los marinos ingleses con mucha consideración, debido en mucha parte á que Cauty era natural de Inglaterra. En seguida capturó el vapor *Clayton* que estaba amarrado al muelle y lo declaró buena presa.

En el mismo día que llegó Cauty á San Juan del Norte, recibió una invitación del Comodoro inglés para una conferencia, en la cual le explicó las causas que lo habían obligado á intervenir en los asuntos del río y lo necesario que creía promover á todo trance la salida de los invasores que había traído Lockridge. Puestos de acuerdo en este punto, arreglaron un contrato para la devolución de aquellos hombres á los puertos de los Estados-Únidos por cuenta del Gobierno de Costa-Rica.

En consecuencia, dos días después fueron trasbordados á los buques de guerra *Cossack* y *Tartar* de Su Magestad Británica, todos los filibusteros que se hallaban en Punta de Castilla, en número de trescientos cincuenta, para ser conducidos á los puertos convenidos.

Los aliados, mientras tanto, se fortificaron en San Jorge, puerto del lago, que les proporcionaba la ventaja de servirse de los vapores para estar en relaciones con el interior del país, y poder ocurrir inmediatamente á cualquier punto que amenazara Walker.

El 29 de enero de 1847, se presentó Henningsen con seiscientos hombres, atacando el campamento de los aliados. Su ataque duró doce horas continuas de incesante fuego; pero fué rechazado con una pérdida de más de cien bajas.

El 1º del mes siguiente llegó á San Jorge el General don José Joaquín Mora, á bordo del vapor *San Carlos* y conduciendo un refuerzo de trescientos costarricenses.

Mora estaba infatnado con los triunfos del río, y su avilantez, que se hacía insoportable, picó mucho á los demás jefes. Zavala, con su aturdimiento característico, fué el primero en mofarse de él y en hacer

calificaciones desfavorables acerca de sus aptitudes militares.

Los jefes nicaragüenses, temerosos de que las nuevas divisiones volvieran á entorpecerlo todo, se interesaron en organizar una reunión á bordo del vapor, con el objeto de ponerse de acuerdo con Mora; pero cuando se disponían á verificarlo, se anunció un movimiento de Walker sobre la plaza y todos ocurrieron á cubrir sus puestos, mientras Mora regresaba á sus posiciones militares del río.

En la noche del 3 de febrero, Walker sorprendió una barricada y se introdujo á la plaza al favor de la oscuridad. La entereza de Jerez y de otros jefes, que hicieron prodigios de valor, reparó los terribles efectos de la sorpresa, y Walker fué rechazado.

El 7 de febrero los filibusteros amanecieron tomando posiciones con su artillería frente á San Jorge; rompiendo poco después un cañoneo que duró hasta las tres de la tarde.

Tan continuados ataques obedecían á la necesidad que Walker tenía de mantener en movimiento su ejército para evitar las deserciones. Éstas eran muchas y muy continuadas, merced á las proclamas del Presidente Mora, en que ofrecía garantías y recompensas á todos los que abandonaran las filas de los filibusteros.

Para obtener mayor número de deserciones en el campamento de Walker, se adoptó por sistema hacer que partidas volantes se acercaran á las posiciones de los filibusteros, llevando en ellas á los desertores, que hablaban desde lejos á sus antiguos compañeros, dándoles noticias de la bondad con que se les trataba en el campamento aliado.

Partidas enteras de caballería é infantería de los filibusteros se escapaban á Liberia, donde el Gobierno de Costa-Rica las hacía recibir muy bien y pegaba su

pasaje hasta Nueva-York. Cerca de mil doscientos hombres regresaron de esta manera á su patria. (1)

El 6 de febrero ancló en San Juan del Sur la fragata de guerra americana *Saint Mary*, al mando del Capitán Carlos Enrique Davis. Éste se presentó en el campamento aliado, el 19 del mismo mes, pidiendo que se le entregara uno de los vapores del lago para la continuación del tránsito inter-océánico. Los aliados contestaron que se accedería á la solicitud, tan pronto como estuviera el país libre de filibusteros. Sin desmayar por esta negativa, el Capitán Davis volvió á dirigirse á los aliados, pidiéndoles permiso para colocar en "La Virgen," una escolta americana, que diera garantía á los edificios de la Compañía de Tránsito. Los aliados respondieron que no estaban autorizados por sus respectivos Gobiernos para atender esa clase de asuntos.

El Capitán Davis continuó en San Juan del Sur, observando el desarrollo de la campaña; y tanto Walker como los aliados no lo creían amigo.

Walker, á pesar de encontrarse cortado por el lado del Atlántico, no dejaba de recibir auxilios, de vez en cuando, por la vía de San Juan del Sur.

El 4 de marzo se anunció la llegada de uno de esos refuerzos, y los aliados destacaron al General don Fernando Chamorro con seiscientos hombres para que impidiera su entrada á Rivas. Walker, á su vez, mandó á protegerlo con doscientos hombres.

Chamorro salió de San Jorge el día 5 muy de madrugada y se situó en la hacienda de Jecote, que es la medianía entre Rivas y San Juan del Sur.

Poco después los ochenta hombres, que componían

(1) Memoria de Hacienda, Guerra y Marina del Gobierno de Costa-Rica, de 23 de setiembre de 1857.

el refuerzo americano, se batían con las avanzadas nicaragüenses y eran derrotados y perseguidos.

Terminada su misión, Chamorro regresó de Joco-te; pero á poca distancia, en el llano del "Coyol," le aguardaban emboscados en una quebrada, los doscientos filibusteros de Walker, que no pudieron llegar á tiempo de favorecer á sus amigos. Los nicaragüenses no se turbaron con la sorpresa. Pasada la primera impresión, se organizaron con calma y sostuvieron la acción hasta muy avanzada la tarde, en que la victoria se declaró por ellos, haciendo 35 muertos al enemigo.

Los Gobiernos de Centro-América, informados de la rivalidad de los Generales del ejército, convinieron en someterlos todos á un solo jefe, designando con tal objeto al General don José Joaquín Mora, hermano del Presidente de Costa-Rica, que era el que más había hecho contra Walker.

Mora llegó al campamento de San Jorge con una división de quinientos sesenta costarricenses y al día siguiente, 19 de marzo de 1857, se hizo cargo del mando en jefe de los ejércitos aliados.

El 26 mandó poner estrecho y riguroso sitio á la plaza de Rivas.

Mora era un militar novel y creía que sus armas tendrían en todas partes la misma buena suerte que en el río San Juan. Ansioso de concluir la campaña y de alcanzar nuevos laureles, dispuso el asalto de la plaza, desoyendo las indicaciones de los demás jefes, que consideraban innecesario exasperar á un enemigo á quien mataban el desaliento, el ocio y las deserciones continuas.

Aferrado en su capricho atacó simultáneamente á Rivas en los días 23, 24 y 26 de marzo, y últimamente el 11 de abril; pero en todos esos días fué rechazado con grandes pérdidas.

Walker reducido al último extremo, se habría rendido incondicionalmente, si el 24 de abril no se presenta el Capitán Davis como mediador, obteniendo para los americanos una honrosa capitulación.

En virtud de ella Walker y sus oficiales salieron de la plaza el 1º de mayo de 1857 con todos los honores de la guerra, y los demás filibusteros rindieron sus armas al Capitán Davis. Éste entregó el armamento á los jefes aliados, mediante el ofrecimiento de que garantizarían la permanencia en el país á todos los centro-americanos que acompañaron á Walker.

El convenio fué firmado solamente por Davis y Walker; y cada vez que en él se designa á los jefes aliados se les da el nombre de "el enemigo."

"Esa capitulación, dice un contemporáneo de aquellos sucesos, es un documento de oprobio y humillación para Centro-América. No capitula el malvado con el General en Jefe, lo hace con el Capitán de la fragata de guerra americana sin dar garantías, y es á él también á quien le entrega la plaza de Rivas, para que la devuelva á nombre de los Estados-Unidos y por *autoridad propia*: palabras que completan la humillación, porque no sé que autoridad pudiera tener en el caso presente, el Comandante de la fragata. Jamás un bandido pudo despreciar más en su agonía á los Gobiernos que le hacían la guerra y á los valientes que lo tenían reducido á la última extremidad. Al entregar la plaza, tenían más orgullo los vencidos que los vencedores."

"Se encontraron rotos todos los cañones, el parque y la pólvora de grano en los pozos; el armamento hecho trizas; y solamente ochocientos fusiles en buen estado que se repartieron entre los aliados." (1)

(1) Carta inédita de Gerardo Barrios al ex-Presidente San

Así terminó la sangrienta campaña contra los filibusteros, á quienes todavía hubo que dar como treinta mil pesos más, para gastos de transporte de quinientos hombres, que se rindieron en Rivas.

Llama bastante la atención que al General Mora no se le haya ocurrido exigir á Walker la solemne promesa de no intentar nuevas expediciones, ni la garantía del Capitán Davis sobre este punto. Se dijo en aquellos días que la noticia de venir en camino el General don Gerardo Barrios con mil ochocientos salvadoreños y ser este jefe muy reputado, excitó los celos del jefe costarricense, que quiso evitar el que se dijera más tarde, que se debía el triunfo á la llegada de Barrios. Esta aseveración, muy sostenida por personas respetables de aquel tiempo, aparece también confirmada por documentos. (1)

Mora regresó á Costa-Rica dos días después de la

Martín, fechada en León á 14 de mayo de 1857 y en poder del autor.

(1) Pérez, en su *Biografía del General don Tomás Martínez*, dice á este respecto: "Se anunció la llegada al campamento del General Gerardo Barrios, con un ejército salvadoreño, y el señor Mora creyó que el triunfo, que se veía tan próximo, se iba á atribuir al citado Barrios. En tal virtud se resolvió á aceptar ó aprobar la capitulación que fué celebrada entre el Comandante Davis de la corbeta americana *Santa María* y el filibustero Walker. Mora, al aprobar dicha capitulación, quiso que fuese firmada por los jefes aliados; pero los mismos Martínez, Chamorro y Xatruch le contestaron que no la firmaban porque la creían *ignominiosa*. No se exigió á Walker ni siquiera la promesa de no volver á Nicaragua y antes bien salió con honores y protestando que muy pronto volvería á recobrar su posición. Aun hubo más: el mismo señor Mora mandó un ayudante á pedir unas bestias para conducir á Walker y á su comitiva á San Juan del Sur, y Martínez le contestó que no tenían más que las propias y las de sus subalternos, los

capitulación. El apoyo decisivo que prestó su Gobierno en aquella vez, salvó á Centro-América de las garras del filibusterismo; pero el brillo de esa página en nuestra historia, fué oscurecido á continuación por el Presidente don Juan Rafael Mora que, considerando débil y postrada á Nicaragua, se constituyó en juez y parte de la antigua cuestión de límites con Costa-Rica y trató de arrebatarlos con violencia mucha parte de nuestro territorio.

Zavala, al llegar á León, infatuado con las glorias de la campaña, llevó su insolencia hasta insultar al Presidente Rivas y á uno de sus Ministros, amenazándolos con la horea, si dentro de señalado término no cumplían ciertas órdenes. Jerez llamó inmediatamente á las armas al pueblo leonés y con centenares de hombres armados, que organizó de momento, iba á lanzarse á vengar la injuria, cuando intervino, como mediador amigable, el General don Gerardo Barrios, quien había llegado con mil ochocientos salvadoreños é hizo salir precipitadamente á Zavala para Chinandega.

A consecuencia del anterior suceso, Guatemala dirigió enérgicas reclamaciones al Gobierno de Nicara-

cuales no tenían voluntad de brindarlas, para que fuesen en ellas los asesinos é incendiarios de la patria."

El número 23 de la *Gaceta de Nicaragua*, correspondiente al 5 del mes de diciembre de 1857, dice en su parte editorial:—"Nosotros no demostraremos lo cobarde é importuna de esa humillación, porque ya es un hecho consumado, y porque todo Centro-América está al cabo de cómo se menguó su dignidad en aquel acto digno del olvido. ¿Quién no sabe que el Teniente General Mora se apresuró á concluir malamente la guerra, porque el General Barrios con un ejército flamante estaba al incorporarse al ejército aliado? ¿Quién no sabe lo que exclamó poco después de hecha la capitulación?—"Gran chasco, dijo, les he dado á los salvadoreños: les he privado de adquirir gloria en la campaña nacional."—(N. del A.)

gua que éste á su vez reprodujo; y aunque el Gobierno de Guatemala reconoció oficialmente que el General Zavala no había guardado la calma y moderación debidas, cerró sus relaciones con el Gobierno del señor Rivas.

Zavala con su columna expedicionaria entró de regreso á Guatemala el 1º de junio del mismo año y fué recibido de la manera más solemne y entusiasta.

El 6 del mismo mes, el Gobierno de Guatemala mandó condecorar á los jefes y oficiales que se distinguieron en la campaña contra Walker con una cruz de honor, que debía llevar la inscripción siguiente: *Defensa de Nicaragua—Guatemala al mérito distinguido—1856-1857.*

Gerardo Barrios, con el ejército de su mando, regresó á San Salvador el 8 de junio, y aunque fué recibido en triunfo, su enemistad con el Presidente Campo tomó mayor aumento en esos días y fué acusado de querer sublevarse. Fortificóse con este motivo á Cojutepeque, residencia del Poder Ejecutivo, y cuando parecía que iban á romperse las hostilidades, intervino el ex-Presidente don José María San Martín, amigo de ambos bandos y logró un arreglo, en virtud del cual fué desarmado el ejército expedicionario, que entró por esta causa á Cojutepeque como vencido.

Xatruch, con las fuerzas hondureñas, regresó á Comayagua el 12 de junio y fué recibido con las mayores demostraciones de regocijo.

Mora con el ejército costarricense hizo su entrada á San José el día 13. Las ovaciones que él y sus valientes compañeros recibieron en ese día, fueron extraordinarias. El Presidente Mora decretó condecoraciones de oro y plata para todos los que se distinguieron en la campaña, los festejó y los recompensó de cuantas maneras pudo.

El Congreso costarricense, además, dió el grado de Capitán General del ejército al Presidente Mora y el de Teniente General á don José Joaquín del mismo apellido, votando un premio de veinte mil pesos para los hijos de este último, y otro de quince mil para los del General Cañas.

En Nicaragua no era tan satisfactoria la situación. Expulsado Walker y terminada toda guerra exterior, los partidos del 54 quedaron frente á frente, bien armados, provistos de municiones y recursos y listos á despedazarse.

Según el convenio de fusión de 12 de setiembre de 1856, "ocho días después de arrojados los filibusteros debía convocarse á elecciones con arreglo á la Constitución de 1838;" pero equiparadas las fuerzas de los contendientes, la elección tendría que empatarse, produciendo más irritación en los ánimos y sirviendo en aquellas circunstancias, como de chispa arrojada á un polvorín.

El General Mora, antes de regresarse, alentó en secreto á ambos partidos y aun se dijo que entró en inteligencias con ellos.

El General don Gerardo Barrios, que se interesaba porque se arreglaran las cuestiones interiores de Nicaragua, interponiendo su mediación amistosa, recibió orden del General Mora de regresarse inmediatamente, bajo pretexto de economizar gastos al Salvador. Barrios le contestó que, estando terminada la guerra, había cesado el mando en jefe de los ejércitos aliados y que á él, sólo le tocaba recibir órdenes de su respectivo Gobierno, que había garantizado el cumplimiento del convenio celebrado entre legitimistas y democráticos. (1)

(1) Carta de Gerardo Barrios al ex-Presidente San Martín, fechada en León á 7 de mayo de 1857 y que obra en poder del autor.

Consecuente con su propósito, Barrios dirigió una circular á los principales hombres del país, para que reunidos en León bajo la presidencia del mismo Barrios, convinieran en la persona que debían elegir para gobernante.

Martínez, que continuaba en Granada, no quiso concurrir, y de acuerdo con su partido, envió una comisión compuesta de los señores General don Fernando Chamorro, Licenciado don Gerónimo Pérez y don Ignacio Padilla.

La reunión se llevó á efecto el día 17 de mayo, con asistencia de lo más selecto del partido democrático, y acordó por unanimidad de votos trabajar en favor de la candidatura presidencial de don Juan Bautista Sacasa del vecindario de León. Chamorro al suscribir el acta, que se levantó, hizo presente que no comprometía más que su persona y de ninguna manera á su partido.

En ese mismo día se verificó el ultraje del General Zavala al Presidente Rivas, y los democráticos, creyéndolo identificado con los legitimistas, hicieron saber á Chamorro que toda negociación quedaba interrumpida por entonces. La comisión granadina aprovechó la oportunidad para retirarse.

Cuando los legitimistas supieron el resultado de la reunión, resolvieron ocupar de hecho á Managua y continuar la guerra.

Managua, según el convenio de fusión, debía permanecer ocupada por los democráticos, hasta que estuviera electo el nuevo gobernante. Por consiguiente, su ocupación por el jefe legitimista, don Tomás Martínez, con una fuerza armada, era un verdadero *casus belli*. Así lo comprendió este jefe; y para salvar las apariencias, procuró disimular aquel paso, haciéndolo aparecer como hijo del noble propósito de

acercarse á León, para mejor entenderse en la cuestión de arreglos.

A pesar de las desgracias del país y de la triste situación á que se hallaba reducido los partidos permanecían ciegos y obcecados, prefiriendo cada uno de ellos la continuación de la guerra, antes de quedar bajo la dependencia del otro. La guerra, pues, era la aspiración general del país, con raras excepciones en ambos bandos. Entre éstas contábanse Jerez y Martínez, jefes principales, que abogaban por la paz.

Se llegó á convenir en una nueva reunión en Managua, compuesta de delegados de los dos partidos. Barrios había regresado al Salvador, y en su defecto concurrió Jerez con doce ciudadanos leoneses de los más prominentes. Otros tantos fueron de Granada, acaudillados por Martínez; y aunque se trabajó mucho por llegar á un avenimiento, éste parecía alejarse más cada día.

Un testigo presencial de aquella junta refiere, que cuando por vía de transacción se proponía que el Presidente fuese tomado de un partido y el personal del Ministerio del otro, ambos bandos reclamaban para sí dar el Presidente: que cuando se llegaba á convenir en este último, se armaba nueva disputa acerca del mando en jefe militar y de otras pequeñeces y miserias, sin que fuera posible llegar á ningún resultado práctico. (1)

El General Cañas, que había tomado afecto á Nicaragua, en vez de regresarse á Costa-Rica á recibir las ovaciones triunfales, que se concedió al resto de sus compañeros de armas, se quedó por algún tiempo, trabajando con empeño por la reconciliación de los partidos.

(1) Gerónimo Pérez—*Biografía del General Martínez*.

La situación fué haciéndose cada vez más difícil. Los legitimistas que parecían los más deseosos de la guerra, interrumpieron las negociaciones, presentando un *ultimátum*, que debía ser aceptado por los democráticos en la noche siguiente. Éstos se negaron, y desde ese momento comenzaron á despedirse unos de otros y á tomar sus prevenciones para la nueva campaña.

El conflicto no podía ser más serio, y el 12 de junio de 1857, en que todos se preparaban para recomenzar la lucha fratricida, Jerez y Martínez, desesperados de aquella situación y alentados por el patriótico General don Fernando Chamorro, resolvieron asumir la dictadura de Nicaragua y como jefes de los dos bandos antagonistas, imponerse al país y salvarlo de la anarquía. Se firmó entonces un convenio en tal sentido; pero pocas horas después se presentó Jerez, muy excitado, y manifestó á Martínez que, aunque tenía confianza en sus amigos, dada la irritabilidad de los ánimos en aquellas circunstancias, temía que le desaprobaban su conducta y aún lo redujeran á prisión para evitar que regresara á cumplir lo estipulado: que partía en esos momentos hacia León, y para evitar lo que temía y probar su buena fe, quería que en ese caso Martínez sólo asumiera la dictadura y salvara el país. Aceptado por este jefe el nuevo pensamiento, fué adicionado el convenio con otro artículo, que suscribieron ambos.

Los temores de Jerez resultaron infundados. El Gobierno de León aprobó el convenio, y el 24 del mismo mes, se inauguró en Managua el de Jerez y Martínez, con gran disgusto de la mayor parte de los legitimistas.

“Al ver la instalación en una pobre casa particular, dice el señor Pérez, sin aparato alguno, sin más

muebles que una mesa sin carpeta; al ver á los jefes con su vestido común, marchando al templo entre una valla de soldados, á gran distancia el uno del otro; al oír el *Te Deum* más triste que quizás se ha cantado en nuestras funciones cívicas; al ver que los pocos concurrentes se reían de aquel espectáculo que les parecía ridículo; todos presagiaban que la Junta no podría dar un paso, teniendo dos cabezas tan opuestas, y que su vida iba á ser efímera, concluyendo con un pleito entre los dos mandatarios." (1)

El manifiesto inaugural de los dictadores, obra de Jerez, concluía con estas palabras: "Nada tenemos que decir sobre reconciliación de partidos. La Junta de Gobierno lleva consigo el estandarte de la unión; y los nicaragüenses en derredor de él, lograrán volver cuanto antes al orden constitucional, que es el sendero de sólida prosperidad.

"Tributemos gracias infinitas al Todopoderoso, Padre universal del género humano, porque Nicaragua todavía existe, y porque sus hijos, aprovechando las lecciones de una dolorosa experiencia, serán más celosos por su conservación y engrandecimiento."

(1) *Biografía del General Martínez*, atrás citada.